

Memorias de una abuela loca

La vida de Clementina Silva Henríquez

Constanza Sapag Mendoza

MEMORIAS DE UNA ABUELA LOCA
LA VIDA DE CLEMENTINA SILVA HENRIQUEZ

©EDICIONES COPYGRAPH

Rafael Cañas 237, Providencia
Primera Edición, Abril 2005
Santiago - Chile

Inscripción N° 145.761
I.S.B.N. 956-7119-18-X

Diseño de Portada Claudio Sapag Puelma
Diseño de Textos: Printtext Ltda.

IMPRESO POR PRINTTEXT LTDA.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ÍNDICE

Prólogo	7
I.- Los niños del Molino de San Javier	9
II.- Entre el tifus, el internado y la decisión de Raúl	17
III.- Patricio, el gringo desconocido	39
IV.- Clementina empresaria	59
V.- Europa y el nombramiento de Raúl	67
VI.- Clementina viajera	89
VII.- La vida en Australia	97
VIII.- Una nueva vida al lado de Raúl	117
IX.- ...que 95 años no son nada!	133



PROLOGO

En el año 1994, cuando la Sra. Clementina Silva Henríquez tenía recién 85 años de edad, editó un libro de unas 60 páginas que ella tituló "Memorias de una Abuela Loca". En ese libro ella relataba sus vivencias más importantes junto a sus padres, a su hermano, el Cardenal Raúl Silva y principalmente a su propia familia, los Hudson Silva. El libro sólo tuvo circulación familiar.

Reinaldo Sapag Chain, muy amigo del Cardenal Silva y de la señora Clementina instaba a esta última a escribir unas memorias más completas acerca de su vida. Ella no se convencía, alegando que su vida no interesaba a nadie. Por cierto que lo decía sin mucho convencimiento puesto que su vida, llena de encanto, sufrimientos y alegrías no deja a nadie indiferente y constituye el testimonio de una entrega a Dios y al prójimo que conmueven y llaman a la reflexión.

Mientras subía el ascensor para llegar a su departamento, imaginaba a una abuela, más que abuela....

Era mi primer encuentro con doña Clementina Silva Henríquez y tenía que ver la forma de agradarla, de modo de obtener todas sus vivencias de la manera más fiel y apegada a la realidad posible.

Y como 95 años no los tiene cualquiera, el desafío de entrevistarla se me haría aún más difícil... y es que pensé que dados sus años, los recuerdos de su infancia estarían archivados en lo más remoto de su memoria.

Mi sorpresa fue grande. Su apariencia era frágil, acorde a la de una señora de su edad, pero bastó apretar el play de la grabadora para que afloraran en ella las mil y un historias que justificaban el escribir un libro con su vida.

Un mes de conversaciones en el living de Clementina Silva Henríquez bastaron para conocer un poco de su vida y así relatar lo que son algunos de sus recuerdos.

Cada palabra escrita se ajusta a esas horas sentadas frente a frente, conversando sobre las historias prodigiosas que le ha tocado enfrentar en sus 95 años de existencia.

Sin embargo y como la memoria también es frágil, la ayuda de sus crónicas, que parecen hechas a propósito, pensando que alguna vez valdrían para un libro, son un buen recurso para ir describiendo lo que fue la vida de esta abuela loca, que por supuesto no tiene nada de loca, sino que de empuje, esfuerzo, inteligencia, dedicación, energía y por sobre todo amor, mucho amor puesto incondicionalmente en cada una de las obras y tareas que con optimismo y fe ha emprendido en su vida y que sigue emprendiendo a pesar de sus 95 años.

Constanza Sapag M.
Periodista



I

Los niños del Molino de San Javier

¿Qué le parece que escriban un libro sobre usted, mal que mal es la "hermana del Cardenal"?

Bueno, qué se le va a hacer... Yo ahora soy tan conocida, me identifican como la hermana del Cardenal, tengo un título que no me lo saco. Me pesa y en algunos momentos no me gusta nada, eso mismo de que le pongan a uno el título es desagradable, uno prefiere pasar más desapercibida.

Siempre me sacan en cuenta que yo soy la hermana de él. Me he vuelto más conocida, me dicen que soy igual, aunque yo no encuentro que sea igual. En la casa habían dos tipos, unos que eran como mi papá, más oscuros y otros como mi mamá, más rubia. Yo me parezco a mi mamá. La Anita, mi otra hermana si que era igual a él.

... pero la señora Clementina asumió, un poco resignada el desafío de contar su vida, y de ella muchas anécdotas, vivencias y consejos se relacionan mucho a su vida como "hermana del Cardenal..."

Usted viene de una familia de las que ya no se estilan. Muchos hermanos y una vida de campo, tranquila y con intereses muy

distintos a los de hoy. ¿Cuénteme señora Clementina, cómo fue su infancia?

Nací en Talca hace ya muchos años, el 27 de octubre de 1909 para ser exactos.

Fui la antepenúltima de una familia de 14 hermanos. Aunque en teoría nacimos 19, "sólo" 14 llegamos a adultos. Así y todo, la diferencia que nos separaba era considerable. Por lo mismo, yo me ubicaba en el grupo de los chicos, antecedida por Raúl, el Cardenal, y seguida de Anita, mi compañera sumisa de todas mis travesuras, porque siempre fui yo la que llevaba la batuta y el don de mando.

Éramos siete hombres y siete mujeres, pero a mis hermanas mayores vine a conocerlas casadas...

Mi infancia transcurrió en el Molino de Loncomilla, una gran industria situada entre San Javier y Villa Alegre, famoso en el sector, porque daba trabajo a muchas personas en la zona.

De hecho, éramos conocidas como las "niñitas del Molino" y del lugar no guardo más que preciosos recuerdos.

¿Qué recuerdos tiene de su casa. Cómo era vivir y convivir con 19 hermanos?

La casa, era de estilo colonial y estaba unida por dos patios. Uno de ellos daba a la calle y tenía un lindo jardín separado por un gran comedor, al que sólo teníamos acceso una vez que pasábamos a formar el grupo de los grandes. Antes ni hablar, porque los chicos almorzábamos separados y lejos de las conversaciones que podían mantener los hermanos mayores.

El segundo patio, rodeado de corredores daba a los dormitorios y al fondo, la cocina y dependencias, que terminaban con un gran huerto, que daba las frutas y verduras, se criaban los chanchos y los subproductos del Molino de donde se sacaban los alimentos para abastecer a este gran familión.

Una de las grandes faenas anuales en el Molino era la matanza de chanchos. Recuerdo que despertábamos en la mañana con los chillidos del pobre animal que desde el momento que lo sacaban del corral se resistía como podía, olfateando que le había llegado su hora fatal.

A pesar de ser tantos hermanos, muchos de ellos murieron siendo guaguas...

Del gran número de hermanos que éramos los Silva Henríquez, cinco murieron. En parte se debe a que mi madre, quien contrajo matrimonio a los 17 años de edad creía, como muchas mujeres en la época, que amamantar a una guagua debilitaba a la mujer.

Siguiendo los consejos de entonces fue obligada a no amamantar por sí misma a sus hijos, porque de otro modo, se enfermaría. En esos años las opciones para dar leche se reducían- fuera de la leche materna- a alimentar a las guaguas con leche de vaca, burra o bien el buscar amas, que eran mujeres que se empleaban para criar a los recién nacidos.

El problema radicaba en que, las más de las veces, éstas mujeres tenían vidas un tanto viciosas, algunas bebían, lo que se transformaba en todo un problema. Producto de esto, muchas guaguas morían, pues como no eran criadas por sus madres, era fácil que adquirieran toda clase de enfermedades

y, dados los tiempos, no existían los recursos para salir del paso ante cualquier tipo de contratiempo.

Sólo una de mis hermanas murió siendo niña, y que tiene mi mismo nombre. Clementina tenía doce años cuando contrajo difteria. En ese entonces no existían alternativas de cura, por lo que cualquier enfermedad, un poco más delicada que lo normal, podía transformarse en mortal.

¿Y qué significó llevar el nombre de una de sus hermanas que ya no estaba con ustedes?

Aunque no alcancé a conocerla, siempre oí de ella lo dulce y suave de su carácter, siempre condescendiente y muy apegada a mi mamá.

En el salón de mi casa existió siempre un retrato de esta hermana, de quien heredé su nombre pero no su carácter, pues creo que desde niña fui un poco más rebelde e intrusa que lo normal. Quizás, producto de esa herencia, siempre sentí un cariño especial de mis padres hacia mí... con esto, me convertí en la "rubita del papá".

¿Cómo era la relación entre los hermanos mayores y menores?

Como nosotros éramos los hermanos menores, nos transformamos en un subgrupo dentro de la casa. De esos, los chicos estaban conformados por Raúl, la Anita, Hugo, el menor de todos, y yo.

¿Y cómo era la relación con su hermano Raúl?

Raúl, que siempre fue muy agrandado, estuvo muy poco tiempo a nuestra altura. Inmediatamente pasó a ser parte del grupo de los grandes, en parte, porque era muy habiloso y siempre destacó en los estudios. Eso hizo que nos dejara atrás.

Mi madre siempre fue tremendamente machista y no disimulaba su preferencia hacia los hombres. Las mujeres pertenecíamos a una categoría inferior, porque éramos criadas para atenderlos. Esa responsabilidad caía especialmente en mí y la Anita. Con mis hermanas debíamos hacernos cargo de organizar la casa por una semana, para así saber cómo hacerlo en el futuro. Bastaba que llegara uno de mis hermanos para que mi madre comenzara con el ritual... "que maten a un ave, que llegó Armando".

¿Algunos privilegios para su hermano Raúl también?

Raúl también tenía sus privilegios. En el patio de la casa había un cerezo, que llamábamos "el cerezo de Raúl" y nadie podía tocarlo. Mientras, los frutos caían a borbotones, cuando llegaba diciembre, al término del año escolar.

Bastaba que llegara uno de mis hermanos mayores, que desde que tengo uso de razón vivían en Santiago, para que comenzaran con los sermones respecto a cómo estábamos criadas. A gusto de ellos éramos unos "chiquillos apollerados" y lo que nos hacía falta era jarabe de membrillo. Eso significaba chicotearnos con varillas de membrillo, y por lo mismo, mirábamos a nuestros hermanos mayores con un fastidio tremendo... eso reflejaba lo poco que los conocíamos, pues para nosotros, siempre fueron grandes.

¿Le tenían cierto respeto entonces a los más grandes?

Recuerdo que si yo no quería comer, me amenazaban con acusarme a Ramiro, otro de mis hermanos grandes. Conocía tan poco a mis hermanos, mayores, que las mujeres les teníamos terror, y después, ya de grande no podía

comprender cómo Ramiro, siendo tan bondadoso y que nunca siquiera pudo levantarle la voz a alguien, pudiera causarme tanto miedo.

A Raúl, el Cardenal, nunca le tuve miedo porque era muy seguido conmigo. En cambio, los hermanos mayores, que eran Eugenio, Ramiro, Armando, eran muy pesados, no tenían ninguna delicadeza con nosotras. Las mujeres eran para servirlos.

Si se iban a cambiar de casa, Armando decía “que vaya la María Victoria y la Clementina” y llegábamos nosotros a cuidar a los chiquillos, a hacernos cargo de ellos, a ayudar en las mudanzas. Ya más grande, me rebelé contra eso...

Mientras tanto, teníamos que asumir las responsabilidades que como mujeres nos tenían asignadas. Nuestro deber, para con las cosas de la casa se traducía en que, cada siete días, nos transformábamos en semaneras, tanto yo como el resto de mis hermanas.

¿Cuáles eran las tareas que estaban asignadas a las mujeres?

Siendo una casa tan grande, y la familia, tan numerosa, todas las comidas se guardaban en enormes despensas cerradas bajo cuatro llaves. La que hacía de semanera tenía que ir, antes que se sirviera la mesa, a poner el pan, a revisar que las servilletas estuvieran puestas en orden y que el comedor estuviese dispuesto tal como mi mamá lo ordenaba.

A las empleadas, que eran por lo menos tres, una que hacía de cocinera, otra que servía, una que hacía las piezas más un mozo que barría los corredores, se les daba todas las semanas una porción de azúcar, té y el alimento que ellas necesitaran

para poder comer durante la semana, y de esas tareas, nos encargábamos nosotras. También era nuestro deber disponer qué se hacía en el almuerzo y la comida. Yo empecé muy temprano, sin que esto se volviera una obligación, porque desde niña fui muy intrusa. Era yo la gran amiga de las empleadas y me metía a la cocina para ver cómo hacían las cosas y para inventar nuevas preparaciones. Mi mamá gustaba enormemente mi originalidad.

¿Recuerda comidas especiales en las que todos disfrutaran?

Las frituras, rocas fritas, que mi papá me celebraba. Otra comida eran las empanaditas de arroz, a las que se les ponía una guindita de dulce, previamente esterilizada y guardada en enormes frascos en las despensas. Las guindas llevaban toda una temporada esperando para luego ser parte de la decoración de los postres que tanto yo y mis hermanas preparábamos. De hecho, mientras afuera todos se morían de calor, yo vivía pegada a las pailas haciendo dulces para el invierno.

Aunque nos correspondía hacer los menús para cada almuerzo, siempre debían existir cosas de rigor para comer, fuera de lo que se nos ocurriera a nosotras. Siempre había cazuela, carbonada, porotos, lentejas o garbanzos, y lo que había que variar era la entrada y el plato del medio, que se comía igual. Como ve, se comía una enormidad, porque ahora ni hablar de esa cantidad de platos.

Raúl era quien especialmente nos alababa todas nuestras innovaciones gastronómicas, especialmente el postre. Por eso, años después, cuando Raúl vivía sus últimos años y me fui a vivir con él, era tan exigente con las comidas. Le gustaba la buena mesa, bien servida sin que para ello se requiriesen comidas caras, sino que bien preparadas, todo en su punto.

¿Alguna fecha especial en la que celebraran todos como familia?

Esa fascinación por la comida y la buena mesa se traducían especialmente para los cumpleaños de mi mamá. Cada 8 de septiembre se disponía de un enorme banquete para celebrarla. Los preparativos comenzaban con quince días de anticipación. Había que cocer los jamones, matar a los pavos, preparar tallarines, lo que incluía el hacer la masa y dejarla secar y sobre todo, cocinar una enorme cantidad de tortas, confites y pasteles. En todas esas preparaciones, yo siempre fui la ayudante de cocina para hacer una comida excepcional. Había por ejemplo, ocho clases de tortas distintas: la torta de chocolate, la de masas, de merengue y de almendras, entre otros.

Recuerdo que llegaba mi hermana Lucía con toda su familia y organizaban toda la fiesta. Como ella, venían también la mayoría de mis hermanos y algunos parientes, todos establecidos en diferentes partes del país. Llegábamos a ser hasta cincuenta personas y el gran comedor con la loza y los cubiertos de plata se sacaban de los armarios para dar vida a esta tan linda celebración familiar. Esta fiesta, se transformó en una tradición durante todos los años de vida de mi madre, y tras su muerte se celebró todos los años en la casa del Cardenal, en la calle Simón Bolívar, de los Arzobispos de Santiago y después en la calle Los Pescadores, con una misa en su nombre.

Dentro de esta vida familiar, es de entender el gusto mío y de mis otros hermanos por la buena mesa. Raúl fue quien más sintió una inmensa fascinación por la comida, no de restaurantes, sino la hecha en casa.



II

Entre el tifus, el internado y la decisión de Raúl

¿Cómo era la relación con sus padres?

A mis padres, don Ricardo Silva Silva y doña Mercedes Henríquez Encina los separaba una gran diferencia de edad, por lo mismo, siempre vimos a mi papá como un abuelito y como locas nos peleábamos el cariño de él.

Viniendo de una familia tradicional de la época, la cantidad de hijos era algo común.

Los nacimientos vinieron uno tras otro, donde el mayor de los hermanos sería Eugenio quien se hizo marino, la tercera, Marina debía su nombre a los eventos ocurridos durante la Revolución de 1891, cuando la marina se sublevó contra el gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda.

¿Qué recuerdos tiene de su padre, que ya era como un abuelito cuando ustedes, los hermanos menores nacieron?

Los recuerdos de mi papá son siempre los de un abuelito. Bondadoso y regalón, nos calentaba las manos en invierno, cada vez que llegábamos a sentarnos a su falda y nos contaba

cuentos fabulosos, siempre eran con viajes y yo con mi imaginación, los veía muy reales. Toda la vida familiar giraba en torno a él. Mi madre le manifestaba su cariño en atenciones y cuidados que nosotros compartíamos.

Y aunque él no celebraba su fiesta de cumpleaños, se esmeraba completamente cuando era la fiesta de celebración de mi madre. Él mismo tenía un recuerdo muy especial de su propia madre, doña Tránsito Silva Almarza, descendiente de una familia ligada a los tiempos de la Colonia. Y es que su padre, don José María Silva Barazarte, era muy farrero, entonces embarazaba a mi abuela, se mandaba a cambiar y se perdía y mientras, la pobre señora debía mantener sola a sus hijos, hasta que el marido se dignara a aparecer sólo cuando nacía una nueva guagua. Esos recuerdos lo llevaron a sentir una profunda admiración por su madre, quien fue el sostén de la casa.

Cuando los hermanos menores nacimos, nos encontramos con unos padres cansados, pues habían tenido 19 hijos. En esos tiempos, los niños estaban en el último patio y había nanas que se preocupaban de ellos. La única que recuerdo fue la mamita Puluma, que acompañaba a mi madre cada vez que ella tenía una de sus guaguas. Sin embargo, el mantener a las empleadas siempre fue una dificultad en mi casa. Es que éramos tantos que era difícil lograr que se quedaran.

¿Qué tan importante fue la Mamita Puluma, su nana de toda la vida para ustedes?

La mamita Puluma, que en verdad se llamaba Filomena es la nana que más recordábamos. Ya de grandes, el gran paseo era salir a caballo, unos caballos con grandes

monturas, donde uno, que era mujer, debía ir sentada y no sujetarse, más bien había que agarrarse del cacho y galopar, galopar como se pudiera. Esos paseos eran para ir a visitarla una vez que ella había abandonado mi casa, pues ya tenía muchos años.

De hecho mi padre, una vez que la mamita Puluma se fue, le ayudó a comprar una casa en Villa Alegre.

El mozo de nuestra casa, era el encargado de avisarle a la mamita Puluma que iríamos a visitarla cada sábado. Ella mientras, nos esperaba con ricos panes amasados y cazuelas de ave.

El mayor recuerdo que guardo de la mamita que fue su compañía mientras enfermé de tífus. Habré tenido unos cinco años, un poco antes de entrar al colegio, cuando contraí la enfermedad.

¿Qué le pasó?

Ese verano, hubo una gran epidemia en el sector. No había en ese tiempo agua potable y la que bebíamos, debíamos sacarla de una vertiente que daba al camino. Obviamente no existían muchas precauciones sobre higiene y era fácil contagiarse. El mozo era el encargado de ir todas las mañanas, con unos jarros especiales a buscar el agua para beber, pero como ésta era agua contaminada, pasó que en cada fundo del sector hubo al menos uno a dos enfermos. También nosotros pagamos tributo. Mi papá cayó con un tífus terrible, también se infectó la María Victoria y yo.

Como mi padre estaba muy enfermo, lo fue a visitar el doctor José Dionisio Astaburuaga que estaba casado con una prima nuestra, doña Elena Silva Henríquez.

Hay que recordar que en esos tiempos, era común que en las familias se dieran matrimonios entre primos. Por eso, existían dos familias Silva Henríquez, ellos, que eran hijos de un hermano mayor de mi papá con una hermana de mi mamá y nosotros.

El doctor Astaburuaga venía a ver a mi padre, quien se encontraba muy grave en el Molino. Tenía una fiebre altísima y deliraba todo el día. Todos los hermanos que en ese tiempo ya vivían fuera de nuestra casa, fueron avisados de su gravedad y llegaron a verlo. Mi mamá los recibía llorando sin consuelo y nosotros, los chicos, nos pegábamos a sus polleras, llorando a la par, sin saber mucho qué era lo que pasaba.

Entre esos llantos el doctor me miró y dijo "esta niña también tiene tífus". Mi mamá le dijo al doctor, que lo que en verdad tenía eran los ojos rojos e hinchados por haber llorado todo el día al verla llorar a ella. El doctor no se conformó y pidió que me tomaran la temperatura. Tenía 38 de fiebre. El que yo estuviera enferma causó un problema tremendo en mi casa. Además de la María Victoria y mi papá, yo también era otra contagiada más, y eso no era ninguna gracia, porque no existían antibióticos y la única cura era mantener reposo, comida blanda y tomar aspirinas para bajar la fiebre. Era una enfermedad que duraba un mes, y en muchos casos podía ser mortal.

¿Pero en su casa no podían haber tantos enfermos, porque eso iba a ser un peligro?

El doctor Astaburuaga, generosamente se ofreció para cuidarme personalmente, porque quien estaba grave era mi papá, otra enferma más era un problema ya que no había cómo atenderla. Entonces, me fui a Talca, en compañía de la mamita Puluma a ser cuidada por el doctor, lejos de mi familia.

Tomé el tren a Talca, el mismo día en que volvía el doctor, su señora y mi nanita que me cuidaría.

Como yo era la apestada, me mandaron en un vagón lejos de mis primas y del resto de los pasajeros. La mamita Puluma me llevaba envuelta en frazadas, porque yo ardía en fiebre.

Sucedía que en ese entonces y en un dos por tres, y sin necesidad de bombas, los vagones se descarrilaban y así sucedió conmigo. El tren en el que viajaba se descarriló poco antes de llegar al río Maule. Nuestro carro quedó tumbado. Después supe que a mi prima le dio un ataque de histeria, con desmayos y gritos. Yo no recuerdo haber sentido pánico, sólo que me sacaron por una ventanilla, siempre con mi envoltorio y la mamita Puluma conmigo, en brazos.

Fuimos a refugiarnos a una ranchita que había a orilla del camino, donde lo único que yo pedía era agua y más agua. Estaba desesperada. Los pobres no me tuvieron miedo, ni se asustaron porque los contagiara. Ellos me acogieron hasta que llegó otro tren proveniente de Talca, a recoger a los damnificados. Esa misma noche, habíamos llegado a Talca.

Fuera la emoción del accidente o qué se yo, lo cierto es que desde ese mismo día me bajó la fiebre y siguió su curso la enfermedad, como un tifus muy suave.

Me alojaron en la primera pieza del primer patio, completamente alejada de la familia. Mi única compañera era mi cuidadora, la mamita Puluma, que no me dejaba sola a ninguna hora. En la casa de los Astaburuaga estuve un mes, un tiempo muy latoso en el que pasé mucha hambre. Cada vez que el doctor volvía del hospital, pasaba a verme. Lo único que le suplicaba era poder comer un huevito, una galletita, pero no, producto de mi enfermedad mi dieta sólo consistió en arroz cocido y fideos.

Como mi pieza estaba totalmente apartada, daba a las cocheras del fundo, donde vivía un jardinero con su señora, la Gregoria. Recuerdo el olor de sus comidas, que llegaban hasta mi dormitorio. Todas estaban aliñadas con mucho ajo, acompañadas de muchas fritangas también. Obviamente con mi escuálida dieta se activaban todos los jugos gástricos de mi estómago.

¿Cómo se entretuvo mientras estuvo enferma?

Debía conformarme con las revistas, libros y lápices de colores que me llevaba el doctor y yo aburrída, mataba las horas haciendo monitos y pintando.

En eso estuve un mes y para esos tiempos, cuando terminaba la enfermedad, los pacientes quedaban escuálidos y tullidos y con un apetito devorador. La segunda etapa de la enfermedad consistía en que había que pelar al enfermo a mate, porque según se creía, con la fiebre se caía todo el pelo. Yo tenía unas lindas trenzas rubias, pero tampoco me libré de esta segunda parte y antes de llegar de vuelta al Molino, me llevaron al peluquero que me peló al cero.

¿Y qué pasó cuando llegó a su casa?

Al llegar convaleciente a la casa no encontré ni a mi papá ni a mi mamá. El tifus de mi padre había sido tan grave y con recaída lo que hizo necesario llevarlo a Santiago, donde habían más recursos para atenderlo. Un mes después llegaban ellos también de vuelta. En ese viaje, mi mamá iba preparándolo para contarle todas las novedades y sobre todo las malas noticias que por su enfermedad le habían ocultado. Entre las noticias, estaba el que se había quemado una turbina en el Molino y que a mí también me había dado tifus y estaba ¡pelada!

Nos llevaron a la estación de San Javier en el coche que teníamos a esperar a mi papá. Recuerdo la alegría de verlo y cómo nos acariciaba, tal vez dándole gracias a Dios de volver a su casa y encontrar a sus hijos bien. Fue por mi tifus que no entré al colegio en marzo, como todos los niños y para las fotos de mi primera comunión, todavía convaleciente, salgo con el pelo bien cortito.

¿Cómo se las arregló con el colegio estando tanto tiempo convaleciente?

Después de mi enfermedad, mi papá tomó a una institutriz francesa, Madame Berguin, porque quería entregarnos la mejor educación. Además el francés era el idioma máspreciado de esos tiempos y nunca imaginé que ya de grande, poder hablarlo me iba a servir de tanto, y en tantas situaciones.

Llegó a la casa la madame a hacerse cargo de los más chicos. Ella era la encargada de lavarnos y vestirnos y todo el día estaba con nosotros. Nos sacaba a pasear al cerro que estaba al lado de la casa.

Las clases de francés se volvieron para mí en un gran panorama, porque aprendí a leerlo y escribirlo antes que el castellano. Teníamos un buen repertorio de cantos en francés que iban acompañados de rondás que hacíamos con la Regina y la Anita. Lo más divertido es que cuando llegaban visitas a la casa mi mamá nos llamaba a nosotras, que teníamos que hacer de anfitrionas y mostrar todas nuestras gracias a los invitados para romper el primer estado de hielo que se producía. Yo cantaba una canción que en castellano se llamaba "El buen rey Dagoberto tenía los pantalones al revés." La canción decía que el santo Eloy le decía a Dagoberto que tenía los pantalones al revés y cuando

se cambiaba y se descubría un poco, el gran santo le decía que tenía el cuero más negro que un cuervo y éste respondía “La Reina es más negra que yo”. Esa era mi canción preferida y como nadie me entendía yo cantaba muy entusiasmada y sin ninguna vergüenza. Aprovechando nuestros dotes cantores, en nuestros juegos con la Anita nos cambiábamos los nombres. Ella se llamaba “Fotorisca” y yo, “Cantatriz”

¿Su hermano Raúl participaba con ustedes?

Aunque mi hermano Raúl aprendió francés junto a nosotras, no participaba de estos cantos, porque los hombres se consideraban más, tenían un rango superior y nosotras siempre éramos subordinadas de ellos.

¿Cómo fueron sus veraneos de infancia?

En los veranos, se juntaba en la zona mucha gente que venía a veranear en los fundos vecinos. La juventud organizaba paseos a caballo y grandes asados, pero a esos paseos no tenían acceso los chicos. Mis recuerdos de las vacaciones son siempre en el Molino, en compañía de Madame Berguin. Además, aprovechábamos el río, que estaba cerca de nuestra casa, pero nosotras debíamos conformarnos con mirar, porque mi mamá le tenía terror, los chiquillos hombres en cambio, como Raúl y Octavio, eran grandes nadadores, pero eso era otro de los signos de machismo que había en mi casa.

¿Recuerda alguna anécdota o travesura que le hayan hecho sus hermanos?

En esos veranos, cada vez que salíamos del fundo a alguna parte, nos trasladábamos en una carreta tirada por

bueyes. Raúl y Octavio llevaban los bueyes y se encargaban de hacernos pasar por todos los baches y por los altos y los bajos del camino para que nos pegáramos y sintiéramos los saltos que daba la carreta. Nosotras gritábamos como locas porque la carreta se inclinaba y nosotros creíamos que nos íbamos a caer. Todo el afán de ellos era que gritáramos y nos asustáramos. Eso era parte de la personalidad del Cardenal, bueno para molestar a las hermanas mujeres.

¿Cómo se entretenían en los veranos?

También eran frecuentes los paseos a la casa de la tía Justina Armanet, una viejita, madre del historiador Francisco Antonio Encina y viuda de un hermano de mi abuela, doña Delfina Encina. La tía Justina era una persona muy rica y tenía una quinta en Loncomilla, a unos 5 kilómetros al sur del Molino. Aunque vivía en Talca, sus veranos los pasaba en su quinta. Esta viejita me celebraba mucho porque me hacía recitar y cantar en francés, lo que era mi gracia.

¿Usted entonces era la favorita de su tía?

Sí, de hecho un día, llegó a mi casa un mozo arriando una vaca con un ternero que ella me mandaba de regalo. Era tanto su cariño, que siempre me hacía invitaciones a su casa. El paseo era con camisa, lo que significaba con alojamiento. Yo me iba feliz porque me regalaban y complacían en todo lo que se me antojara. De no ser cotizada para nada en mi casa, acá pasaba a ser "la niña". Pero el entusiasmo me duraba sólo hasta el atardecer y ahí me bajaba toda la nostalgia por volver a mi casa y me ponía a llorar diciendo "quiero a mi mamá". En vano trataban de convencerme que al día siguiente me irían a dejar, pero yo, regalona y mañosa, no me

contentaba y lograba mi objetivo hasta que el mozo debía salir conmigo después de comida, cargado de un farol para alumbrar el camino y subir y bajar el cerro que separaba nuestras casas. Nunca entendí por qué mis padres me recibían indignados. Yo pensaba que les daba una prueba de amor tan grande, y ellos me retaban, sin entender yo las molestias que esa intempestiva ráfaga de amor había causado a mis cariñosas primas.

Era tanto el cariño de la Tía Justina hacia mí, que le ofreció a mis padres tenerme en su casa de Talca, para que fuera al colegio como externa.

Durante esos tiempos, mi papá había quebrado. El trabajo del Molino dependía de la demanda y transporte de trigo de otras partes, porque la demanda superaba la oferta. Mi padre decidió comprar grandes cantidades de trigo en Australia a un buen precio. Eran unos 40 o 50 mil quintales. Resulta que hubo un accidente del barco en el Canal de Panamá y el trigo quedó parado ahí unos buenos días, además llovió y el trigo se brotó todo. Ya no servía para nada, pero mi padre debió pagarlo igual.

¿Qué pasó cuando su papá quebró?

Yo me acuerdo que cuando mi papá quebró, mi mamá lloraba sin consuelo. Venía a visitarnos la tía María Luisa Astaburuaga, y mi mamá, derramaba cientos de lágrimas. Yo presentía que algo malo había pasado, entonces la Anita me decía "¿por qué llora mi mamá?" y yo le decía que era porque ahora éramos pobres. Yo creía que ser pobres significaba tener que ir a vivir a la casucha del frente, donde vivían los pobres, que era la Señora Eloisa, que vivía en la casa del camino y yo, lo encontraba fascinante. Para mí, era lo máximo ir a vivir

donde Señora Eloisa, porque en su casa todos se sentaban alrededor de un brasero y nos convidaban a tomar mate cada vez que nosotros íbamos.

El período de quiebra de mi padre no duró mucho o nosotros no lo sentimos tanto. La única diferencia era que cuando empezaba una nueva temporada, como el verano, mi mamá tenía que comprarnos zapatos blancos, estuvieran buenos o malos los zapatos del año anterior, entonces, llegado el momento en que no había plata, teníamos que usar los mismos zapatos del año pasado... esas cosas, o sea, eran pequeños detalles.

¿Cómo fue su etapa escolar?

Entré al colegio a mitad de año, producto del tifus y ya las niñas habían aprendido todas las letras, y obviamente a leer. Yo no sabía y debía traducir primero del francés al castellano.

Para estar en el Sagrado Corazón de las Monjas Inglesas en Talca tenía dos opciones, la primera era estar interna, idea que me fascinaba, o bien externa. Mis padres optaron por esta última alternativa y así fue que me fui a vivir a casa de la Tía Justina la mayor parte de mis años escolares.

Recuerdo mi entrada al colegio. La Maestra General después de presentarme a la clase que me correspondía me llevó a la capilla. "Vamos a saludar al Dueño de Casa", me dijo. Me señaló una pequeña capillita y me contó que ahí estaba Jesús. Eso me impresionó mucho.

Siempre fui buena alumna y de hecho nunca llegué con una mala nota, porque mi padre podía enojarse. Éramos tan aplicadas en el colegio, que las monjas premiaban las buenas calificaciones con escarapelas y se volvían locas poniéndonos premios, bandas y todo lo imaginable.

¿Alguna vez pensó ser monjita?

Siempre fui muy amiga de las monjas y de pocas amigas de mi edad. Eso fue un poco por mi carácter, además que siempre tuve un "monjío" tremendo. Eso me hizo pensar que yo iba a ser monja. Además, admiraba a mis dos hermanas que se habían hecho religiosas, la Josefina y la Regina. Sin embargo, mi idea de la vida religiosa estaba muy lejos de la realidad y no pasaba de ser un idealismo. Las monjas de ese entonces encontraban que la modernidad era pecaminosa, para ellas todo era pecado, el biógrafo era pecado, no ir a misa era pecado y eso, porque ese era el pensamiento antiguo hacia la religión y hacia un Dios que veían como castigador.

La religión era muy austera, era un Dios que estaba todo el tiempo mirándote. Si tú decías una palabra indebida, significaba que Dios estaba apuntándote para que el día que te murieras, rindieras cuenta de eso. Ahora entiendo que Dios no es así.

Entonces, ¿usted no cree en el Dios castigador que se planteaba en esa época?

Me revelé contra el Dios que todo lo miraba como maldad. El Dios que yo conozco, no es severo, sino que es un Dios de amor, que por sobre todo nos quiere y nos comprende y que sabe que somos de barro.

¿No echó de menos el no tener tantas amigas en el colegio?

Nunca sentí la falta de amigas en el colegio. No me importaba. Tenía una vida tan llena en mi casa que con juntarme a jugar con mis hermanas en el Molino era feliz.

Tiempo después me cambiaron del externado al sistema de internado, es decir, vivía en el colegio con mi hermana Anita. Aunque fue muy chocante para mis padres que las dos estuviéramos internas, era algo que yo deseaba con ansias. Nunca me causó traumas porque eran tantas mis ganas de ser religiosa que creía que el internado era un paso más para seguir adelante con mi vocación.

¿Cómo era el régimen de internado?

Con ese régimen, podíamos visitar a nuestros padres sólo una vez al mes. Salíamos un viernes y entrábamos nuevamente un miércoles. Ahí aprovechábamos de ir al campo y además, cada vez que mi madre iba de visita a Talca, nos pasaba a ver.

Ya que en su casa la comida era tan celebrada, ¿fue para usted un problema tener que someterse a las comidas del internado?

Ya le conté de los grandes banquetes y las ricas comidas que se hacían en mi casa y quién iba a pensar que la comida iba a ser un motivo para terminar con mi régimen de internado. Resulta que estando interna me enfermé porque encontraba que la comida del colegio era pésima y por lo mismo, no comía. Me puse muy flaca y el doctor que me visitó en el internado determinó que yo no resistiría seguir interna y que la única solución era sacarme. Sin embargo, para mis papás era un problema, porque como vivían en el campo no podían mantenerme externa. La tía Justina, que tanto me quería y me celebraba mis gracias en francés se ofreció para recibirme en su casa y pasar con ella mis años de colegio. Fue así como me salí del internado, a diferencia de la Anita, que era gordita y se aclimatava a todo, a la comida y a todas las payasadas que me daban en el colegio.

¿Qué les pasó a sus hermanos con la comida en sus colegios, que sin duda era todo un "tema"?

La experiencia de mis hermanos mayores fue parecida a la mía. También debieron abandonar su colegio inicial a causa de la comida. Ellos se fueron a Santiago, a estudiar en el San Ignacio, pero su experiencia ahí no duró mucho tiempo porque ellos, mañosos como yo, se negaban a comer. Por este motivo, debieron volver al Seminario de Talca, pero como la educación de ese colegio no era tan buena, luego fueron enviados al Liceo Blanco Encalada de Talca. Para tan largo viaje, debían tomar el tren a Talca, que salía todas las mañana de la estación de San Javier.

¿Dónde estudió su hermano Raúl?

Ya más tarde, Raúl fue enviado a Santiago, esta vez, a estudiar a Santiago. Fue matriculado en el Liceo Alemán, un colegio de la Congregación del Verbo Divino. Mi papá había preguntado a Monseñor Carlos Casanueva, sobre cuál era el mejor colegio que había en Santiago y así fue como llegaron al Liceo Alemán donde hizo las humanidades.

¿Usted nunca extrañó a sus papás?

A diferencia mía, que nunca eché de menos a mis papás estando en el internado, para Raúl fue más difícil. Él extrañaba a mis padres y la comida de la casa. Además, el contacto de los curitas con los niños era muy lejano y él, que al parecer tuvo siempre una inquietud religiosa, fue adormeciendo sus ganas de transformarse en cura. Él decía que todos los curas tenían anteojos y que como él no los tenía, no podía ser uno de ellos.

Estando internada ¿dónde pasó sus años como escolar?

La Tía Justina, que vivía en Talca con su hija soltera, llamada Lucrecia me acogieron en su hogar. Sin embargo, la tía Lucrecia, que era soltera nunca me quiso y nunca descubrí por qué. Ahora de grande puedo comprenderlo, parece que lo que tenía era una envidia grande hacia mí, tal vez porque creía que me estaba robando el corazón de la viejita.

La tía Lucrecia era muy mañosa conmigo, vivía corrigiéndome y poniéndome en ridículo ante los demás. Ella se encargaba de ponerme en la vida social del diario de Talca, entonces, cada vez que yo viajaba al campo a ver a mis papás, sin que yo quisiera, salía en el diario: "Se ha trasladado a Loncomilla la señorita Clementina Silva" y eso, para esos tiempos, era lo más ridículo que hay. Mis amigas se reían de mí y claro, era ella la que me mandaba a poner. Su afán era de molestar. Yo no comprendía eso porque no le hacía nada e incluso tenía mucho cuidado de no hacer algo que pudiera molestarle. Le tenía hasta miedo y rechazo. Ahora me doy cuenta que era pura envidia porque yo le quitaba el cariño de la viejita, cuando todo el afán de mi tía Justina era regalónearme.

Otra de las cosas que me indicaban la poca gracia que sentía la Tía Lucrecia hacia mí se debía a que me encantaba ir de visita donde mi hermana Marina, porque ella tenía hijas de nuestra edad y por lo mismo, me entretenía a morir jugando a las muñecas con ellas. Resulta eso sí que yo veía que la Marina no nos convidaba y a mí esa separación de mis sobrinas, me dolía mucho. Resultó ser que era la Tía Lucrecia quien no me daba permiso para ir, sin que yo lo supiera.

Aunque se llevaba mal con su hija, ¿cómo era su relación con esa tía tan querendona hacia usted?

Mi relación con la Tía Justina era excelente ya que ella me veía a mí como su mascota. Cada vez que llegaba del colegio, tenía que ir a contarle a la Tía todo lo que había pasado. Yo inventaba tantas cosas y le contaba cuanta tontera hacía en el colegio, que la fulanita hizo esto, que la otra se enojó, que inventé no sé qué, todas las anécdotas de un día de colegio que hacían gozar a la Tía.

Mi tarea con la viejita era ser su lectora. Ella, que pasaba todo el invierno en cama, era muy culta y siempre estaba al tanto de la política y de todo lo que aconteciera en el mundo. Pero los temas que a ella le gustaban, para mí eran un verdadero fastidio. ¿Qué hacía una niñita de 8 o 9 años como yo leyendo los editoriales de El Mercurio. Francamente era muy aburrido?

Esos eran los tiempos de la Primera Guerra Mundial, que a mí no me interesaban para nada. Mi táctica para ahorrarme tiempo en esas largas lecturas de las noticias de los diarios era saltarme pedazos de texto, y ella nunca se daba cuenta. Cómo me entendía la pobre vieja, yo no sé.

Para mis últimos años de colegio, quise estar interna nuevamente y así lo hice, aunque la viejita se anduvo sintiendo porque sintió como que le habían quitado a la Clementina. Y entonces, para cuando volví al internado, la Tía Justina murió. Nunca más volví a ver a la Lucrecia. Años más tarde, cuando me iba a casar, le mandé un parte con la invitación, pero ella no fue. Su regalo de bodas fue enviarme trescientos pesos, que hoy y siempre han sido trescientos pesos, o sea, una porquería de plata.

¿Todavía rondaba en su mente la idea de ser monjita?

Hasta los 15 años mantuve esa idea. Recuerdo especialmente cuando viajé con mi mamá a Valparaíso, a la

toma de hábitos de mi hermana Josefina, que había entrado a las Carmelitas del cerro Larraín. Fue ahí cuando la monjita superiora me presionaba hasta el cansancio para que hablara con mi papá y me fuera de religiosa cuanto antes. Aunque siempre fui muy mística y piadosa, y siempre pensé que ser monja era una especie de destino, siempre pensé que después de salir del colegio uno tenía que optar: ser una religiosa o una dueña de casa y madre de familia.

¿Llegó alguna vez ese llamado?

Nunca sentí el llamamiento del Señor que yo tanto esperaba. Cuando llegó la hora de salir del colegio, le pregunté a mi papá qué era lo que debía hacer el próximo año, y su respuesta fue "tiene que aprender a ser una buena dueña de casa", yo le conté que mis intenciones eran ser una monja, pero fue tanta su impresión, que era como decir "No Señor, otra más no". Él lloraba de pensar que no vería más a sus hijos, porque ser religioso implica muchas renunciaciones.

¿Y qué hizo entonces, se resignó?

Opté entonces por ser una buena dueña de casa. Yo pretendía ir a la universidad y estudiar algo relacionado con las matemáticas, no sé bien qué, tal vez profesora de matemáticas o algo relacionado, pero eso no era más que una pretensión mía, una cosa que para esa época era imposible. Imposible porque nosotros vivíamos en el campo, y mis hermanos para ir a la universidad, debían partir a Santiago, a casa de mis tíos y era ahí donde se encontraban con primas y se armaban los matrimonios. De hecho, tres de mis hermanos se casaron con primas. Pero la alternativa de dejarnos a nosotras, las "niñitas" estudiando en Santiago, era realmente imposible,

un problema tremendo para la familia. Quién iba a hacerse cargo de mí, si yo me ponía a pololear, quién iba a vigilarme.

¿Con los hombres fue lo mismo?

Los hombres no tuvieron ese problema y muchos fueron a estudiar a Santiago mientras otros tres sintieron el llamado del Señor que yo tanto anhelaba. Regina, Josefina y mi hermano Raúl.

Recuerdo especialmente la actitud de Raúl para con la oración. Si bien éramos muy seguidos, él siempre fue muy piadoso desde niño y a mí me atrajo mucho ese rasgo de su personalidad. Siempre rezábamos juntos el Rosario y conversábamos de temas religiosos entre los dos.

En mis padres también sentí siempre un profundo amor por el Señor. Todas las mañanas, mi madre rezaba el rosario con nosotras e incluía en las oraciones a todas las empleadas, a las que llamaba para que la acompañaran. Mi padre hacía lo mismo y todas las noches rezaba un Ave María.

¿Recuerda el proceso en el que su hermano Raúl decidió hacerse cura?

Aunque Raúl después de terminar el colegio entró a estudiar derecho en la Universidad Católica, siempre mantuvo su vocación religiosa. Él era divertido, bueno para la broma y muy, pero muy chacotero. Me acuerdo cuando fuimos a la toma de hábitos de la Josefina, cuando Raúl todavía no entraba a los Salesianos. Era sumamente buen mozo y todas las amigas de mis primas lo miraban a rabiar, pero él no se inmutaba. Siempre serio ya tenía decidido, desde muy niño, que su opción era la religiosa, de hecho nunca tuvo siquiera una polola.

Siendo tan cercana a su hermano, ¿Le sorprendió su decisión?

Mi mamá sí que estaba bien impresionada y lloraba que su hijo se iba a ir a los Salesianos. A mí en cambio no me hizo ningún efecto especial.

Su hermano Raúl tuvo complicaciones para encontrar una Congregación en la cual acogerse...

El gran problema para él fue determinar a qué congregación entrar. No quería ser diocesano, porque amaba su libertad y por lo tanto Raúl estimaba que dado su temperamento podía salirse de las normas con demasiada facilidad y entonces se decidió por una vida de congregación, por eso decidió hacerse Jesuita. En esos tiempos, los Jesuitas eran una congregación de elite y las otras eran vistas como de segunda categoría, porque eran desconocidas y otras, como congregaciones muy humildes, ya que para esos tiempos, ser sacerdote era visto como una profesión más y era típico que hijos de familias pudientes optaran por seguir una vida religiosa.

¿Qué hizo entonces?

Raúl tenía un amigo cura que pertenecía a la Compañía de Jesús y a él acudió para que lo guiara en los trámites de ingreso, pero tuvo tantos problemas, porque éste Padre nunca pudo recibirlo por lo que finalmente desistió de entrar a la Compañía de Jesús. Nosotros conocíamos a los Salesianos por un boletín que llegaba a nuestra casa y que se llamaba "Boletín Salesiano" y "El mensajero de María Auxiliadora". Esas publicaciones le encantaban a Raúl y fue así como se enamoró de las enseñanzas de Don Bosco, el padre fundador de la Congregación que finalmente optó por entrar con ellos.

¿Cómo comunicó su decisión?

Raúl le comunicó a mi padre la decisión de entrar a los Salesianos por medio de una carta y en ella le decía que lo que más feliz lo tenía era que iba a ingresar a una comunidad que trabajaba mucho con los pobres, algo que a él el encantaba. Desde niño que tenía la vocación sacerdotal porque más tarde supimos que un hermano de la congregación de La Salle le dijo a Raúl que se arrancara de la casa, que él lo ayudaba para ingresar a esos hermanos, pero él no quiso que así fuera.

Fue mi padre quien tuvo la última palabra una vez que Raúl le escribió contándole su vocación salesiana. La respuesta de él frente a los anhelos de Raúl fue decirle "Haga lo que usted quiera. Nosotros no tenemos ningún problema, pero sólo le pedimos que piense bien lo que va a hacer y que su decisión sea definitiva, para que a nosotros, sus padres no nos mate de pena". Sin embargo también le exigió que terminara sus estudios de Derecho, se recibiera de abogado y que después ingresara al noviciado Salesiano.

¿No les importó que el se decidiera por los Salesianos?

El que Raúl haya venido de una familia más acomodada o de tradición daba lo mismo. Eso sí, habían congregaciones que eran más para gente de clase alta como los Jesuitas, pero el que él estuviera ahí no significó que los Salesianos cambiaran por el hecho que estuviera Raúl. Lo que sí pasó fue que Raúl hizo que los Salesianos se hicieran más conocidos, porque la congregación empezó a aflorar y se conoció más su obra, estaba más en sociedad, se tenían más vínculos con gente de mejor situación.

Aparecieron los Salesianos para la sociedad santiaguina que antes era vistos como una congregación de segunda clase.

Esas cosas tremendas en Chile, esa diferencia social tan marcada. La gente te cataloga por donde vives y por lo que tienes.

Para esos tiempos, las Congregaciones eran marcadamente de elite y habían otras que eran vistas como más humildes. Ustedes, que eran parte de la sociedad talquina, ¿resintieron su decisión?

Que Raúl fuese parte de una Congregación religiosa más humilde nunca nos importó como familia. En mi casa la veta social siempre estuvo muy presente. Siempre fui amiga de las empleadas, porque tenía ganas de aprender y eso me llevaba a imitarlas. Me hice gran amiga de la cocinera y el hecho de estar toda la mañana ahí, viendo cómo hacía los porotos y pelaba las papas me parecía fascinante. Esas cosas nunca se criticaron en mi casa, pero para otras personas de la familia era algo terrible. Siempre le decían a mi mamá que yo pasaba todo el día con las empleadas, a las que trataban de “sirvientas”, de manera despectiva, pero la Clementina era así...

¿Por qué así?

Esa relación que mantuve con las empleadas permitió que ellas duraran bastante tiempo en mi casa. Antes, como éramos tantos los hermanos que vivíamos en la casa, se iban rápidamente y no aguantaban mucho tiempo. Yo en cambio, al ser su amiga aprendí a oír las y a conocer todas sus preocupaciones e inquietudes. Muchas de ellas me contaban sus problemas familiares, que la plata no les alcanzaba y todas esas cosas. Yo iba donde mis padres a transmitirles todo lo que ellas me habían contado y en vista de los problemas que ellas tenían les subían el sueldo o las ayudaban con lo que necesitaran. Era tan simple como conocer la interioridad de

las personas que trabajan para ti. Aunque otras personas eran las que se encargaban de marcar la diferencia con las empleadas, nosotros nunca hicimos eso.



III

Patricio, el gringo desconocido

¿Cuándo afloraron esas ganas de conocer el mundo, una vez que salió del colegio?

El verano que salí del colegio desperté y la mojigata que había en mí se convirtió en deseosa, exigente, con ganas de pasear e ir al cine. Llegó un momento en que dije "Yo quiero ser como todas" y empecé a mirar para mi alrededor. Ya no quería ser monjita, quería casarme y tener muchos hijos. La cosa era buscar al candidato.

¿Recuerda a su primer pololo?

Mi primer acercamiento con un hombre que pudiera interesarme fue en San Javier.

Era deber nuestro ir a depositar los cheques del Molino al Banco en San Javier. Había en el Banco un cajero, que era un hombrecito muy buen mozo, rubio y de ojitos azules. Siempre me gustaron los claritos entonces, cada vez que debía ir a depositar un cheque el cajero me decía "qué linda viene, la estaba esperando" y eso a mí me volvía loca, porque me moría de gusto de que él me atendiera. Podría decir que eso

fue todo nuestro pololeo, que él me tirara piropos detrás de la ventanilla del banco, pero a mí eso me trastornaba, yo estaba feliz e ingenuamente creía que eso ya podía decirse era un pololeo.

¿Cómo tomaron la noticia en su casa?

No tenía a quién contarle lo que me estaba pasando, esto que me piropearan y me encontraran bonita era muy novedoso y yo me reventaba por decirle a alguien de mi relación con el joven de San Javier. Le conté a mi cuñada lo del cajero del banco, que yo sabía muy bien quién era, porque era el hijo de la dentista que nos atendía a nosotras. Mi cuñada no aguantó la copucha de ir a contarle todo lo que yo le decía a uno de mis hermanos y él a mi mamá. En mi familia esta "relación" causó inquietud porque él era de la sociedad de San Javier, que era más baja de pelo que la Talquina.

¿Por qué existían esas diferencias?

De hecho, nosotras en el colegio no podíamos convidar a jugar a nuestras casas a nuestras compañeras que vivían en San Javier o Villa Alegre. Eran miradas como de otro nivel y muchos de sus padres eran los que atendían el almacén o la Gran tienda del pueblo. ¡Qué espanto Señor, las tontería humanas de creer que existe gente de segunda categoría!

¿Sus padres tomaron precauciones ante ese "pololeo"?

Mis padres, que nos cuidaban con exageración, se alarmaron por mi gusto por este chiquillo y coincidió que ese año, uno de mis hermanos arrendaron casa en Pichilemu para el verano y allá me mandaron a mí y a la Anita para cuidar a

mis sobrinos y para que yo olvidara mi flirteo. Fue como lanzarme en la boca del león porque ahí conocí a Patricio, que fue después mi marido.

¿Cómo fue ese verano en Pichilemu?

Llegué a Pichilemu con todo mi alboroto y mis ganas de pasarlo bien. Mi santa hermana Anita se dedicaba a cuidar a los sobrinos, pero yo, que llegué con unas ganas tremendas de revolucionar el ambiente me negué a hacer labores de niñera mientras todos los demás se divertían en la playa. Pregunté a la gente del balneario dónde salían todos a divertirse y ellos me respondieron que en las terrazas del hotel todos se juntaban para bailar y conversar. Tocaba una banda y la gente se paseaba, ¡esos paseos que hacían los jóvenes!... las niñas caminaban y se paseaban de un lado para otro con la música y los hombres vitrineaban cuál le gustaba y ahí se armaban los pololeos.

¿Usted fue sumisa para aceptar ir como la niñera de sus sobrinos?

Supuestamente mis labores en Pichilemu eran ser la cuidadora de mis sobrinos, pero le dije a la Anita “tenemos que salir”. Le enseñé a pintarse y le saqué las cejas, porque tenía unas cejas enormes, así tremendas como las de Raúl... yo que era experta en todo eso la pinté.

¿Qué hacían en las noches?

En cada salida nocturna, debíamos ir acompañadas de unas primas, ya bastante mayores que nosotras para que nos cuidaran, porque de otra manera, no teníamos permiso para salir. Y ahí partimos a estas fiestas de la noche y yo, que me había hecho vestidos, me ponía mis toilettes, me encrespaba y arreglaba a más no poder.

¿Qué pasó en esas salidas?

En una de nuestras salidas a las terrazas, nos sentamos con estas primas mayores a un costado del salón y se me acercó un señor, para sacarme a bailar. Mis primas eran solteras y ya no tenían muchas posibilidades de que alguien se fijara en ellas, pero se encantaron con la idea de que yo revolucionara el ambiente. Entonces llega este hombre para preguntarme si quería bailar con él y yo, feliz. Era alto, estupendo, muy buen mozo y yo feliz me meneaba con él. Mientras bailaba oía a lo lejos el cuchicheo de mis primas que se me acercan y me dicen "Tú no sabes con quién bailaste", quién les dije yo y ahí me respondieron que era el chofer de la micro que iba a Santiago y yo, toda complicada, dejé hasta ahí no más mi baile. Hoy, al mirar para atrás pienso que fue una tontera el avergonzarme tanto. Qué importaba, si era un trabajo como cualquier otro, pero para esos tiempos, era terrible. El chofer era visto como un roto y las empleadas, eran sirvientas. Esas eran las categorías que se usaban y que yo, bajo ningún punto de vista comparto.

Nos integramos a un grupo de gente que venía de Santiago y bajábamos en las mañanas a la playa. Todos nos bañábamos tomados de un cable que se internaba en el mar, que era muy frío y sumamente bravo. Pichilemu era famoso por sus vientos, por lo que en las tardes toda la gente se iba al bosque y en las noches, a bailar a las terrazas.

¿Dónde apareció Patricio en la historia?

Patricio, que también veraneaba en Pichilemu, se interesó en mí apenas me vio en las terrazas. Era un gringo, de apellido Hudson, descendiente directo de Irlandeses y totalmente desconocido para mí y mi familia. Él se alojaba en el mismo hotel de una amiga de mi cuñada que al parecer

tenía dotes de “celestina” e hizo lo imposible para que los dos nos juntáramos.

Esta señora medio casamentera nos decía a mí y a la Anita “hay dos señores tan estupendos, dos empleados de la Compañía Eléctrica, dos gringos realmente buenos mozos que las quieren conocer”. Ella me decía que a uno de los gringos yo le encantaba y después me enteré que ella le decía a Patricio que yo moría por él también.

En una conversación con Patricio, cuando recién empezábamos a conocernos, le comenté que aquella señora no me daba ninguna confianza y le comenté lo que esta señora me había dicho sobre que yo a él le gustaba. Él me respondió que nunca le había comentado nada a ella y ahí nos dimos cuenta que ella fabricaba las cosas para que nos juntáramos.

Resultó ser que los cuentos de la amiga de mi cuñada no eran del todo ciertos, porque Patricio no era un alto empleado de la Compañía Eléctrica, sino que uno más de todos los que ahí habían, además que era mucho mayor que yo. Patricio me dijo que tenía 35 años y en verdad tenía 45. Era un hombre ya maduro.

¿Cómo empezó el pololeo?

Empezamos a pololear ese mismo verano y como él vivía en Santiago y yo en el Molino, quedamos de mantener nuestro pololeo por carta y así me lo llevé la mayoría del tiempo escribiendo y escribiendo, hasta que nos casamos.

¿Cómo se las arreglaban?

Nuestro acuerdo consistía en que él me escribía a mí una vez a la semana, pero yo debía hacerlo todos los días y

contarle todo lo que había hecho, dónde había ido y con quién había estado. Mi mamá siempre que recibíamos una carta, las abría para ver su contenido, pero como yo no quería que ella se enterara de las cosas que Patricio me escribía, me las arreglé para que no lo hiciera. En primer lugar, tenía que comprarme a la señorita del correo y llevarle un regalo para que ella le dijera al mozo que la carta que Patricio me mandaba debía entregársela a la empleada que también debía comprármela. Ella, en complicidad conmigo, me ponía la carta debajo de la almohada para librarme de que mi mamá me leyera las cartas.

Mi pololeo por correspondencia duró tres años. Él iba todas sus vacaciones a Talca. En Semana Santa, para las Fiestas Patrias, el 18 y 19 de septiembre y las vacaciones de verano. Sólo en esas oportunidades podíamos vernos y todo lo demás, lo sabía a través de cantidades de hojas que iban y venían, porque de otra forma no tenía cómo saber de mi gran amor.

Las primeras veces en que Patricio me visitó, alojaba en San Javier. Yo debía esperarlo con mi hermano quien después era el encargado de vigilar cada paso que yo daba y de acompañarnos siempre, porque no existía ninguna posibilidad de estar solos. Para esos tiempos, una señorita siempre, hasta el día del matrimonio debía estar acompañada de alguien.

Entonces siempre estaba a cargo de un "chaperón"...

Tuve dificultades con mi hermano Armando a causa de mi pololeo. De hecho una vez hasta me echó de su casa porque me arranqué de él para correr a los brazos de Patricio.

La María Victoria había viajado conmigo a Santiago, porque Patricio se me había perdido y no tenía novedades de él. Íbamos en la calle, en un carro cuando de repente lo veo y

me bajé sin siquiera pensar que mi hermana seguía en el carro. Cuando llegamos a la casa, mi hermana me acusó y comentó a Armando que la Clementina se había bajado en la mitad del camino porque había visto a Patricio. Cuando llegué a la casa, salió Armando a recibirme furioso y me dijo que por qué me había ido sola, que qué me creía y que me tenía que ir de la casa porque ellos no se hacían responsables de mí y de mis arrebatos.

¿Era esa la forma de mantener el respeto dentro de un pololeo?

Una era tonta completa, porque no tenía idea del peligro, ni de una libertad con un hombre. En lugar de explicarle a una lo que era la vida, a una la encerraban. Él no quiso ser responsable, y me dijo que me fuera. Yo estaba en Santiago de visita, pero él no podía cuidarme porque yo era sublevada.

Cuando llegué de vuelta a Talca, me preguntaron, ¿Por qué te viniste Clementina, qué pasó?, pero yo no podía contar nada.

Cuando uno pololeaba tenía que haber alguien constantemente cuidándonos y nunca estaba sola. Todo era con la presencia de otra persona y a veces esa otra persona era tan fresca que salía con su pololo o un amigo y había que pagar dos o tres entradas más para poder salir. Así eran las costumbres de esa época.

¿Dónde vivía usted en esa época?

Para esos tiempos, mis padres ya se habían trasladado del Molino a Talca. Mi padre estaba muy viejito ya, por lo que no podía cargar con las tremendas responsabilidades que le

significaba el hacerse cargo del Molino de Loncomilla. Por orden del doctor, que dijo que mi padre estaba grave del corazón, nos recomendaron que no trabajara más. El problema era quién se iba a hacer cargo de los negocios.

¿Cómo afrontaron los negocios de su padre?

Como todos mis hermanos ya tenían sus familias y su profesión y nosotras, las mujeres no estábamos contempladas para esas tareas administrativas, Raúl dijo que si nadie podía dirigir el Molino, iba a ser él quien lo iba a reemplazar hasta que después alguien pudiera hacerlo. Eso implicaba que Raúl postergaría su entrada al seminario por el tiempo que fuese necesario hasta que alguien tomara después la administración del Molino. Mi hermano Ramiro, que era gerente del diario La Unión, de propiedad del Arzobispado de Valparaíso dijo que no, que Raúl no debía postergar su entrada a los Salesianos y que él se haría cargo de todo.

Mis padres se fueron a vivir a Talca para que especialmente mi papá pudiera descansar y estar lo más alejado posible de cualquier presión respecto a su negocio del Molino. En Talca decidieron que sería una buena opción comprar un auto, porque mi padre ya estaba viejito y ante cualquier emergencia íbamos a necesitar un medio de transporte rápido y seguro.

¿Lo pudo manejar?

En Santiago, compraron un Dodge que mandaron a Talca con un chofer. Cuando vi este auto inmediatamente dije que yo tenía que aprender a manejarlo. Me senté al lado del conductor para que me enseñara. Ninguno de las hermanas

que vivían conmigo sabía manejar, además, en esa época, tener un auto era todo un lujo y en la calle se contaban con los dedos de las manos los que se movilizaban en vehículos. Mi madre dijo, si la Clementina maneja, yo no me subo, pero mi papá, con toda su paciencia infinita dijo que me dejaran y ya con eso mi pobre madre tuvo que calmar sus nervios y sentarse atrás del auto, mientras yo iba adelante manejando a todas partes, siempre con el chofer al lado mío.

¿Las mujeres manejaban en esa época?

Era toda una revolución el que yo manejara en Talca y cuando me prestaban el auto, partía conmigo la María Victoria de chaperona, que llevaban el tejido para no ponerse nerviosa, y yo a la vuelta de la rueda. Todas las mañanas iba a misa en el auto. Entre mis viajes en auto y mi pololeo por carta, finalmente me casé con Patricio el 17 de abril de 1932.

¿Cómo fue enfrentar el nuevo paso de soltera a casada?

La vida matrimonial era algo totalmente nuevo porque nunca había estado sola con esa persona. Uno se llevaba sorpresas. Uno prometía y juraba cosas que no tenía idea. Esos matrimonios eran totalmente falsos, porque uno no tenía idea en lo que se metía.

¿Le pidió matrimonio?

Formalmente él nunca me pidió matrimonio. Yo le di un ultimátum "esto termina aquí o ¿cómo?" y así fue como el me dijo que nos casaríamos. Me dijo que iría a Talca en determinada época y así fue como me llevó un anillo muy lindo, de brillantes e iniciamos el compromiso.

¿Cómo fue su matrimonio?

El matrimonio se celebró en la Iglesia parroquial de Villa Alegre, hoy Monumento Nacional. Yo creo que fue un espectáculo porque todo el pueblo se juntó a ver a esta señorita que se casaba y es que en ese tiempo no habían matrimonios como el mío, así, vestida de blanco y de una familia tan conocida como los Silva Henríquez.

Patricio lucía perfecto con su smoking y mi padre tuvo que desempolvar a última hora el suyo, al verlo a él tan elegante. Mis sobrinos Carmen y Enrique Silva fueron mis pajes. La misa la ofició el párroco de Villa Alegre junto al Obispo de Talca, Don Carlos Silva Cotapos, quien nos casó. Mi papá ya estaba muy enfermo del corazón y me acuerdo de haberlo sentido temblar cuando me llevaba del brazo hasta el altar. Además, estaba tan impresionado, de entregar a su niñita a un gringo que apenas conocía.

¿Su hermano Raúl participó?

Raúl no pudo asistir a mi matrimonio. Para ese entonces él estaba en el seminario y no le dieron permiso, pero sí me envió una carta, escrita de su puño y con una letra un poco indescifrable, pero muy cariñosa y emotiva. En la carta, Raúl me contaba lo entusiasmado que estaba con su nueva vida y que me acompañaba y recordaba a la distancia y me señalaba lo importante del sacramento del matrimonio, que debía recibirlo en estado de Gracia y que debía ayudar a Patricio a ser un buen católico.

¿Cómo se celebró el matrimonio y después la fiesta?

Primero era por la Iglesia y después por el civil. Nada de bailes ni de música, fue simplemente un gran almuerzo, con

esos banquetes que se hacían en mi casa. Muchas tortas y mucha, pero mucha comida y de ahí calabaza, cada uno para su casa.

La recepción se realizó en mi casa del Molino y se sirvió un almuerzo en el gran comedor. Yo ya no estaba sentada al final de la mesa, sino que en la cabecera. Para toda la familia fue un acontecimiento especial, ya que yo rompía con todos los marcos y tradiciones al casarme con un gringo, cuando casi todos mis hermanos estaban casados con primos, pero Patricio era muy simpático y cayó bien. Esa misma tarde partimos rumbo a Santiago para seguir al día siguiente a Cartagena, que era el balneario de moda. Después de eso, nos fuimos al Sur y ahí conocimos Talcahuano y Lota.

Estaba tan enamorada de mi marido que el matrimonio fue mi sueño hecho realidad. Sin embargo, teníamos mucha diferencia de edad y aunque eso nunca fue un problema sentí que jamás podría igualarme con él, él era para mí una especie de tutor, un hombre muy mundano y libre. Su padre había muerto cuando él era un niño, por lo tanto, se había criado muy solo. Además tenía una mentalidad muy gringa, muy distinta a la mía.

El día de mi matrimonio fue idílico totalmente, fue irreal. Fue todo lo que yo soñé y me fabriqué, pero la convivencia diaria fue otra. La vida casada fue totalmente distinta. En primer lugar, él desde un principio fue celoso porque se dio cuenta que se casaba con una chiquilla joven. Él siempre creyó que yo deseaba todas las cosas que él no me podía dar, nunca supe qué cosas, pero esas inseguridades lo persiguieron por toda su vida. Siempre creyó que yo necesitaba otro hombre y que él no me satisfacía, pero yo jamás de jamás pude mirar a otro hombre. Mi moral, mi manera de ser, mi vida era que yo me casaba con él y con él no más y para toda la vida.

¿Nunca le complicó la diferencia de edad?

Yo antes de casada nunca me compliqué por la diferencia de edad que teníamos. Recuerdo que una empleada de mi casa me dijo "Señorita Clementina, por qué se va a casar con un viejo" y yo dije "cómo va a ser viejo", porque yo eso no lo veía, no me daba cuenta.

¿Cuáles fueron los problemas más grandes que tuvo en su matrimonio?

Creí que la felicidad que no iba a tener en mi matrimonio, en la convivencia diaria con mi esposo dados los problemas de inseguridad de Patricio. Entonces me di cuenta que la felicidad la encontraría en mis hijos. Ellos fueron mi locura. Nosotras habíamos vivido rodeadas de niños, de mis sobrinos, siempre había una guagüita en la casa que se transformaba en nuestra adoración. Tener un hijo propio era algo maravilloso. Y aunque toda mi energía la canalicé en mis hijos, no significó que yo no estuviera enamorada de mi marido, al contrario, él no sólo fue el único hombre de mi vida, sino que me di cuenta que nunca iba a lograr cambiarlo y su desconfianza nunca se iba a acabar.

¿Cómo enfrentaba esas inseguridades?

Yo le decía: "mira, tú con tu desconfianza, me lanzas a hacer una cosa que yo nunca he hecho, porque si ya tú piensas que yo soy capaz de hacer alguna tontera, la mitad del camino está recorrido". Yo lo tranquilizaba diciéndole que para mí, esas locuras no existían, porque él era mi marido y por lo mismo, yo iba a ser incapaz de mirar para el lado, pero para él eso eran sólo palabras bonitas. Yo en cambio, aceptaba que

él saliera solo, que fuera a fiestas solo y que a mí no me llevara. Para mí, los hijos eran mi prioridad.

Cada vez que Patricio salía, sacaba fotos para justificar sus salidas y mostrarme cómo lo había pasado, quiénes habían ido a tal o cual lugar. A mí en realidad eso me daba lo mismo y nunca me amargué por no ir con él.

¿Cuándo llegó el nacimiento de sus hijos?

Al año siguiente de mi matrimonio nació mi primer hijo, Henry. Le puse un nombre inglés al igual que el resto de mis hijos porque tenían descendencia irlandesa directa, además tenían el apellido: Hudson.

Mi mamá me mandaba desde Talca camisitas y sabanitas bordadas por las monjas. En ese tiempo no se usaban las cosas prestadas y había que comprar todo el ajuar.

El dos de febrero de 1933 nació mi niño, y aunque tuve un embarazo sin ninguna dificultad, en el momento del parto por poco me muero.

¿Qué le pasó?

Cuando uno se casa, tiene que entregar su cuerpo, no sólo al marido, sino también a los doctores, yo en cambio nunca quise y de hecho nunca me examinaron durante los nueve meses de embarazo. Nada de manipuleos ni de exámenes. Resultó ser que se me hinchaban las piernas y tenía que ponerme los zapatos de Patricio porque los míos no me cabían. Llegó el momento en que empecé a sentirme muy mal, ya estaba a punto de dar a luz, por lo que Patricio salió a buscar a una matrona. Según ella el nacimiento iba a ser al día siguiente, porque, como era mi primer parto, yo aún estaba muy poco dilatada. Había que esperar.

La matrona se iba, pero Patricio, en su desesperación de verme a mí tan mal y con mucho dolor, le dijo que tenía que ir a buscar a otra enfermera más y volver a mi casa. No encontraron a nadie más

Cuando Patricio llegó de vuelta a mi casa con la matrona, a mi me dio un ataque de eclampsia que es un ataque al cerebro. Sucede que cuando pasan estas cosas generalmente se muere la guagua, porque se envenena. Afortunadamente ambos salvamos con vida, pero el lapso entre el ataque y el nacimiento fue espantoso, aunque yo no me acuerdo de nada.

Volaron conmigo al Hospital del Salvador y una de mis hermanas, la María Victoria que había viajado para acompañarme retaba a la enfermera en la ambulancia que gritaba en mi oído como loca "La Señora se muere, la señora se muere". Tengo un vago recuerdo de ver pasar los árboles en la Alameda camino al Hospital, pero de ahí en adelante me borré.

Durante los días de hospitalización, se quedó a mi lado una de las pololas de mis hermanos, y yo, medio dormida todavía, le preguntaba qué me había pasado, "después te cuento", me dijo ella.

Sólo tres días después de ese incidente que casi nos cuesta la vida a Henry o a mí, volví a mi casa a hacerme cargo de mi guagua.

Henry tenía seis meses cuando nos fuimos a vivir a la casa que Patricio había edificado en Los Leones esquina de Pocuro. Habíamos comprado el terreno a 20 centavos el metro con muchas facilidades de pago. En esos tiempos habían muy pocas casa y la nuestra era especialmente linda.

La Katy se hizo anunciar muy luego, el 24 de septiembre del año siguiente. Esta vez, había tomado todas las precauciones y todo salió normal. Mi hija nació en la casa de Los Leones, sólo asistida por una matrona.

Sin embargo, al poco tiempo que nació su hija, murió otro de sus hermanos y además se enfermó su papá, ¿Cómo pudo enfrentarlo?

Ese mismo verano, en que estábamos en Constitución, murió de cáncer mi hermano mayor, Eugenio. Fue la segunda gran pena de mi familia luego de que muriera, a los doce años mi hermana Clementina. Mi mamá sufrió mucho con esta noticia. Se contenía para no afligir a mi papá que ya estaba muy viejito y con su corazón bastante debilitado. Sin embargo, mi mamá estaba desesperada y los hijos le recomendamos que fuera a Santiago a ver a un médico acompañada de mi papá. Los doctores le dijeron a ella que estaba con un colapso nervioso y si bien sabíamos que mi papá estaba viejito, se veía tan compuesto que nunca sospechamos que de esa visita, el que iba a salir con un mal diagnóstico sería él.

Para nosotros, fue una sorpresa tremenda el que mi papá estuviera grave de su corazón. El hacía una vida completamente normal y no parecía tener ninguna enfermedad.

Para darle una alegría a mi madre, quise que fuera ella la madrina de mi hija y se entusiasmó muchísimo. Para el bautizo, mi madre debía viajar a Santiago y mi papá se encargaba de alentarla para que lo hiciera puesto que ella no quería dejarlo solo.

Esa misma noche del sacramento, a mi papá le dio un ataque al corazón y murió.

¿Qué hicieron para avisarle a su hermano Raúl que ya estaba lejos?

Raúl ya estaba en Turín, Italia, haciendo su noviciado, por lo que el único medio que tuvimos para comunicarle el deceso fue enviarle un telegrama, que llegó

con semanas de atraso y que decía "Papá voló cielo. Puertas". Desde Italia, el futuro Cardenal nos escribió a todos una carta muy linda en la que nos decía "Todos nuestros cariños y atenciones debemos dedicarlas a nuestra madre, que en este año ha sufrido dos golpes tan terribles; la pérdida de su hijo mayor y a su marido" . Demás está decir que tal como lo habíamos aprendido de mi papá, todos estuvimos muy unidos a su lado.

¿Cuál fue la reacción de su madre con el fallecimiento de su papá?

Pensamos que para mi mamá la noticia sería terrible, pero lo tomó con mucha tranquilidad. Estaba tan adolorida con la muerte de su hijo y era una pena tras otra que lo único que dijo fue que no lo movieran ni lo tocaran hasta que ella llegara de vuelta a Talca. Yo no pude ir a su funeral, puesto que tenía mi guagua recién nacida y además, la crisis económica de esos años, me mantenía con un presupuesto escaso, que no me permitía efectuar todos los viajes a Talca que yo hubiese querido.

¿Cuáles eran los pasos de su hermano Raúl en esos momentos?

Fue por esos tiempos cuando Raúl fue ordenado sacerdote y celebró junto a nosotros, su familia, su primera misa como tal en Talca, en la iglesia de los Salesianos. Esa misa se llenó porque éramos muy conocidos en la ciudad. Una de mis hermanas, que iba con Raúl del brazo antes de entrar a la parroquia se paseaba con él por la calle y escuchaba el murmullo de la gente "ahí viene el cura casado" decían. Después hicimos una fiesta, un gran almuerzo con todos los salesianos y la familia. Fue muy emotivo.

Para usted, sus satisfacciones ante esos momentos de dolor tienen que haber sido sus hijos, y su familia que ya empezaba a armarse...

Sí, porque tres años más tarde, llegó la Lillian. Escogí su nombre porque de colegiala, había en el colegio una chiquilla que se llamaba así y que yo encontraba muy linda. Lillian se llamó así en recuerdo de esa niñita.

Con los años vino el resto de los niños. Así nació la Florence, que debe su nombre a la hija del cónsul de Inglaterra en Talca. Dudé eso si de llamarla así. Iban a ser sus padrinos mi hermano Adolfo y su señora, la María Encina y para ese momento creía que mi hija se iba a llamar Elizabeth. Ellos me dijeron que no se me ocurriera cambiarlo a última hora, porque ya habían mandado a hacer medallitas escritas con su nombre, pero como soy testaruda, cambié de opinión y le puse Florence.

Richard, el menor de todos se hizo anunciar siete años después del nacimiento de la Florence y para recibirlo tuve que irme a la casa de mi madre, en el Molino, porque los gastos de un parto eran muy altos y ya no podíamos afrontarlos. Además, nos habíamos cambiado de casa, a un bungalow chiquitito en la calle Luis Zegers, por lo que había que reducir presupuestos en todo lo que se pudiera. Para agregar más problemas a esos tiempos, ya había comenzado a aflorar la enfermedad de Patricio. Tenía dificultades tremendas para respirar porque era fumador empedernido.

¿Como era su vida económicamente hablando?

Los tiempos eran difíciles económicamente. Viví una vida mucho más apretada que la que había tenido de soltera, pero no me costó acostumbrarme. Me entretenía tanto haciendo las labores de la casa que el hecho de suprimir las empleadas y hacer las cosas por mí misma ni siquiera me espantaron.

Para esos tiempos de apreturas económicas, los niños ya estaban en el colegio. Las niñas, que se educaron en el Villa María, tenían que caminar a pie hasta Alcántara todas las mañanas. La Florence, que era muy chica llegaba todos los días llorando.

¿Cómo era su marido como padre?

Patricio como padre era excelente. Muy querendón de los niños, siempre salía con ellos, pero también era muy severo y mantuvo un orden ejemplar en la casa. La palabra "tonto" estaba prohibida en mi casa. De hecho, la única vez que le pegué a uno de mis hijos fue cuando, en un arrebato de maña, Richard me dijo "tonta mamá". Él se recuerda de eso hasta el día de hoy.

Mi marido deseaba que los niños dominaran su idioma de origen para mantener sus raíces, por lo tanto, los niños debían hablar inglés. Para eso, iba a mi casa la Miss Wendolin que les enseñaba mejor el idioma.

Usted fue siempre rebelde, incluso se las arregló como pudo para reparar un auto y transportar a sus hijas al colegio, a pesar que en esa época eran pocas las mujeres que manejaban...

Es que toda la locomoción que venía de vuelta de Las Condes siempre estaba completa y no les paraba. Mi hermano Ramiro, me entusiasmaba de que en el garage del Molino un Ford del año 31 que estaba dado de baja y que si yo quería arreglarlo me lo podían dar. Con un auto se solucionarían muchos de mis problemas. Con mis inquietudes y mi afán por tener independencia averigüé cuáles eran las piezas que iba a necesitar el auto para echarlo a andar, porque el pobre estaba

apenas y yo me encargué de reconstituirlo. Hice una lista con todos los repuestos que tenía que comprar y así recorrí todas las desarmaduras que existían hasta dar con una que fuera barata y acorde a mi presupuesto. Compré incluso el cigüeñal.

Lo más terrible era que la carrocería del Ford 31 ya no estaba. Debí conformarme con ponerle una del año 29, entonces el resultado de mi auto fue que tuvo una trompa muy larga con una carrocería medio extraña. Era un auto completamente inventado y le pusimos "Genevive", como el nombre de un auto que salía en una película.

Tuvimos a "Genevive" por muchos años y en él iba todas las mañanas a dejar a Patricio y a las niñas al paradero del trolley. Obviamente el auto era pintoresco y a las niñas les daba una vergüenza tremenda cuando las iba a buscar al colegio en él.

¿Qué decían sus hijas cuando llegaba en "Genevive" a buscarlas al colegio?

Cada vez que veían a alguien conocido se agachaban para que no las descubrieran. Es que el auto era un cacharro muy divertido. No tenía tapabarros, porque estaban completamente oxidados así es que decidí eliminarlos. Ya luego, cuando empecé a trabajar y fui totalmente "pudiente" cambié de auto por uno más nuevo.



IV

Clementina empresaria

¿Teniendo dificultades económicas, cómo se las arreglaba para mantener a una familia tan grande?

Las dificultades económicas nos apremiaban porque los colegios, el Villa María para las niñas y el Saint George de los niños eran muy caros para nuestro presupuesto. Yo insistía en que debía salir a trabajar y Patricio se oponía con tenaz resistencia, pero por la necesidad de cubrir los gastos de mis hijos me rebelé y afloró en mí una personalidad distinta y dejé de someterme a la voluntad de mi marido.

No era suficiente la plata que Patricio aportaba a la casa, producto de su trabajo en la Compañía Eléctrica y todos los días era una tragedia buscar una chaucha y así darles unas monedas a los niños para que volvieran en micro. El colegio les exigía muchos materiales a los niños y no teníamos cómo comprarlos. Recuerdo que a la Katy le exigieron una vez llevar al colegio un velo blanco que costaba 300 pesos, pero nosotros no teníamos. Ella se sublevaba y me decía que para qué la teníamos en ese colegio si ella no podía tener las mismas cosas que tenían sus compañeras. Según Patricio, nosotros no estábamos en situación para esos colegios, que para entonces

eran totalmente de elite. Él me sugirió que enviáramos a los niños a un Liceo, que para esos tiempos eran pésimos en calidad de educación. Yo me negué. En cambio, prefería pagar siempre por adelantado las matrículas y eso era premiado por las monjitas con medallitas. Mis niños vivían llenos de medallitas y premios.

¿Qué hizo para mejorar la situación?

Como la situación económica estaba realmente mala, acudí donde mi hermano Raúl que era mi total consejero, a preguntarle qué debía hacer. Le consulté sobre si era malo que yo saliera a trabajar, que yo tenía ganas, pero mi marido se negaba. Él me alentó y me dijo que yo debía salir a trabajar.

No sabía qué era lo que podía hacer, pero Raúl me preguntó sobre cuáles eran mis habilidades. Le conté que sabía hacer cosas de la casa, como mermeladas y salsa de tomates. Raúl me comentó que él en vez de comprarle a otras personas esa mercadería para abastecer el Patrocinio San José, del cual era el Rector, me la compraría a mí.

¿Cuánto apoyo significó para usted su hermano Raúl?

Raúl siempre fue mi consejero y acudí a él cada vez que necesitaba que me orientara con alguna decisión. En ese sentido, él siempre me ayudó.

¿Cuál fue su primer trabajo?

Empecé con mi negocio para abastecer al Patrocinio San José comprando pailas y frascos para guardar las mermeladas y salsa de tomates que hacía en grandes

cantidades. El problema fue que no tenía las facilidades para esterilizarlas, tal como se hacía en mi casa en el Molino y resulta que la primera vez que hice la salsa, se me echó a perder y no me la pagaron. Lo que sí tuvo éxito fue la mermelada de damasco. Como mi casa estaba rodeada de puro campo, podía comprar los damascos más baratos. Después empecé a tejer y a hacer unos mamelucos que entregaba a una tienda en el Centro, pero pagaban muy mal. Sólo 1.500 pesos me llegaban a mí y ellos los vendían al doble. Muchas veces me quedaba en la tienda esperando que una señora preguntara por las cosas que yo hacía y ahí me di cuenta que lo que recibía yo era una porquería.

Tenía que haber una forma de salir adelante, a pesar de la oposición de Patricio...

Me acordaba mucho de mi amiga del colegio, Maite Allamand, la escritora de libros tan conocidos como Alamito el Largo, a quien siempre admiré. Educada como yo, trabajó y sacó adelante a su familia una vez que su padre enfermó. Me escudaba en la Maite que había sacado adelante a su familia, porque yo tenía la misma educación que ella y si ella lo había podido hacer, por qué no lo podía hacer yo. Un día fui a visitarla y le conté mis apreturas económicas y le pedí consejos y ella me dijo: "Clementina, cómo vas a trabajar con una guagua en brazos". Richard tenía dos años, pero yo no me di por vencida y ella me recomendó a un amigo suyo que tenía una editorial que hacía promociones de una colección de libros para niños que venían en una casita de lo más llamativa y se daba una buena comisión por cada serie de libros que se vendieran.

¿Cuáles fueron los principales problemas, porque debía arreglárselas entre ser mamá y dueña de casa?

Mi gran problema era con quién dejar a Richard. Las mañanas las ocupaba para hacer las cosas de la casa y en la tarde dejaba los pies en la valle ofreciendo libros. Richard quedaba a cargo de una vecina hasta que llegaban las niñitas del colegio y lo recogían, mientras yo iba a las casas de parientes y amistades tratando de entusiasmarlos para que me compraran mis libros. Me encomendaba al Señor y muchas veces me resultaba. A cada comprador le pedía datos de alguna persona que pudiera interesarse en las colecciones y así iba formando una carpeta de clientes.

¿Pasó malos ratos producto de su trabajo?

Recuerdo un caso muy especial. Me dieron la dirección de un matrimonio muy rico que tenía muchos niños. Una mansión enorme que daba a Pedro de Valdivia y que para los tiempos de la UP fue la residencia del embajador de Rusia.

Llegué hasta la reja cerrada con llave del enorme caserón y desde dentro, un grupo de seis niños salieron a recibirme. Les mostré mis libros y empecé a contarles los cuentos, que era mi táctica. Los niños entusiasmados, llamaron a la empleada quien me hizo pasar a la casa. Ella me condujo hasta donde estaba la madre de los pequeños. Ella, cosía a máquina a todo dar, mientras el marido leía lánguido el diario a su lado. Los niños pedían a coro los libros que yo ofrecía y la señora, indignada me interpeló furiosa: "Con qué derecho entra usted a mi casa. Váyase, yo no compro nada a vendedores impertinentes". Me sentí tremendamente avergonzada, di mis excusas y rodeada de los niños, tan tristes como yo, salí de la casa ofreciendo al Señor mi fracaso y aprendiendo la lección.

El Señor fue grande conmigo y siempre apareció una nueva oportunidad para trabajar y mantener a mis cinco polluelos. Así obtuve mi segundo trabajo.

¿Cuál fue ese nuevo trabajo?

Ese verano se presentó la ocasión que la persona que hacía el transporte escolar para los niños del Externado del colegio del Sagrado Corazón, ya estaba cansada y dejaba el puesto. Mi hermana Regina, religiosa del colegio se acordó de mí y me invitó a tomar el trabajo. Yo me entusiasmé y le planteé la idea a mi hermano Armando. El problema es que los choferes eran catalogados como la gente más mala y más atrevida del mundo y todos les tenían terror. Mi labor consistía en acompañar al chofer en los recorridos que él hacía para ir a dejar a los niños, y según Armando, si yo aceptaba el trabajo, me iba a meter en un lío, que me iban a demandar, que iba a perder hasta los calzones, que la gente rica no me iba a pagar nunca y que iba a tener que responder yo con plata que en ese momento no tenía.

Averigüé con la señora que antes trabajaba ahí y me comentó que el chofer era muy agradable, todo un caballero por lo que me embarqué en la aventura. Eso sí, la anterior dueña cobraba muy poco, por lo que decidí subir inmediatamente las tarifas.

Puntualmente, a las cinco de la tarde nos juntábamos en el colegio, a la hora de salida de las niñas y me subía a la micro a acompañar al chofer en su recorrido. Con el margen de dinero que gané, empecé a ahorrar. Guardaba todo lo que podía en una cuenta de ahorros para aportar en mi casa. Lo primero que hice fue contratar a una empleada que hiciera las cosas de la casa y les diera té a los niños.

Aproveché que Richard también había entrado al Saint George para repartirlo a él también en mi micro escolar, y de pasada, a las niñas en el Villa María.

¿Qué le parecía a su marido esta nueva Clementina, ahora convertida en toda una empresaria?

Esta Clementina nueva, independiente económicamente no le causó nada de gracia a Patricio. Peleamos mucho en esa época, yo defendiendo mi derecho a trabajar y él obstinado en que yo me quedara en mi casa. Fue ahí donde acudí donde mi hermano Raúl. Él era quien siempre me aconsejaba cuando yo tenía alguna duda y siempre me apoyó en las aventuras que embarcaba. Mis otros hermanos seguían con su pensamiento machista, considerando que la mujer sólo servía como dueña de casa y que no era capaz de desenvolverse en los negocios. Y aunque me costó muchas peleas, sólo cuando la plata empezó a llegar a mi casa y subimos inmediatamente de pelo, en el sentido que ya podíamos darnos lujos que antes eran impensables, él aceptó mi ímpetu empresarial.

Su veta de empresaria permaneció por mucho tiempo, porque tuvo más trabajos y por supuesto, una mejor situación económica...

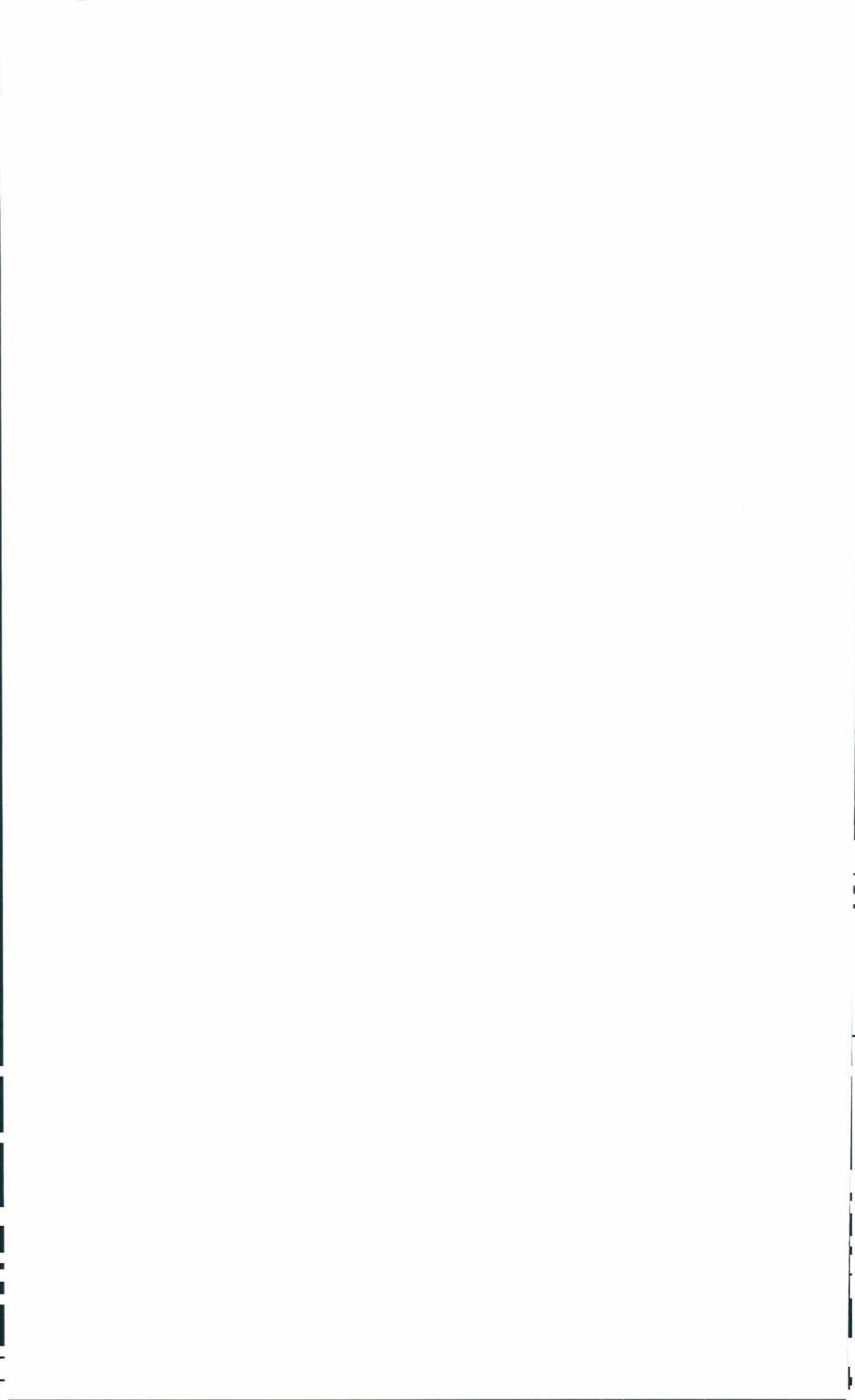
Tres años duró mi trabajo en el colegio. Ese mismo año, mi hijo Henry me anunció que quería estudiar medicina. Tenía que ayudarlo y económicamente requería de un mejor trabajo. El Señor fue generoso conmigo porque en el verano de 1953 se presentó otra oportunidad muy buena. Una de mis cuñadas, viuda del mayor de mis hermanos, había sacado adelante a su familia gracias a un taller de costura donde tenía la concesión de los uniformes del Villa María y de las Monjas Inglesas. La pobre ya estaba cansada y vendía su taller.

Yo no sabía cuánto costaba el taller, sólo me comentó que anteriormente y por intermedio de uno de sus hijos, había conseguido un préstamo en el banco y quería pagarlo. Sin embargo, quien realmente le había prestado la plata a mi cuñada, había sido mi sobrino quien pensó que si su mamá sabía que el dinero venía de él, nunca se lo devolvería.

Por trescientos mil pesos al contado, más otras trescientos mil en cuotas mensuales el taller era mío. Con mi cuota de suerte más los ahorros que tenía guardados reuní la plata necesaria y me convertí en empresaria de la noche a la mañana.

Mi habilidad para la costura, provenía de esos días cuando pequeña me entretenía mirando como las niñas que trabajaban en mi casa nos confeccionaban los vestidos. Por ello es que no tuve problemas en coser por mí misma los uniformes que nos pedían.

Raúl siempre era quien me alentaba en mis iniciativas como emprendedora y gracias a sus consejos me embarqué en el viaje como empresaria de la costura.





V

Europa y el nombramiento de Raúl

Mi trabajo como empresaria cambió completamente mi estándar de vida. Mi cuñada me acompañó las primeras semanas. Me llevó a las tiendas donde compraba los géneros y me presentó como su sucesora. Era vísperas del comienzo del año escolar, por lo tanto, muchas mamás se acercaron para mandar a hacer los pedidos.

Los colegios tenían muchos uniformes: uno para el verano, otro de invierno, uno de fiesta, un buzo para la gimnasia y abrigo, lo que era un gasto tremendo para esas pobres madres. Con lo bien que me fue, siempre tuve algún uniforme para hacer y la plata me alcanzó para pagar a las operarias y comprar más material.

Cuando pienso en el esfuerzo que hice, siempre veo la tremenda ayuda del Señor, sobre todo por los resultados obtenidos sin tener yo más preparación que mis intromisiones en la costura cuando era niña, por que en la práctica, mientras tuve el taller, aprendí realmente cómo se cose.

A los seis meses del taller, mi negocio florecía. Mis hijas ya eran grandes y pudieron ayudarme con mi trabajo.

En menos de dos años, mis mujercitas se casaron. Todas celebraron sus matrimonios en mi casa de El Vergel con Pocuro, la que con Patricio construimos mientras éramos novios. Todas se casaron muy bien, gracias a mi trabajo. Eso sí, les advertí a todos mis yernos que no quería que mis hijas trabajaran, porque en ese entonces la mujer no trabajaba. Yo quería que las niñas tuvieran un buen pasar y se casaran con chiquillos de la sociedad y criaran a sus hijos.

¿Cómo estaba su marido en esos tiempos?

Durante ese período Patricio enfermó pues fumaba demasiado. Tuvo que dejar su trabajo y me vi obligada a cuidarlo y a abandonar mi negocio de uniformes. Los tiempos se pusieron nuevamente difíciles, sobre todo porque empecé a competir con las grandes tiendas que comenzaron a aparecer, como Falabella y otras que hacían los uniformes mucho más baratos. Pero como mi veta de empresaria permanecía ahí, como un bichito que busca siempre qué más hacer, es que me fui a averiguar sobre las concesiones del casino de la CEPAL. Así, me adjudiqué la concesión levantándome tempranísimo para ir a la Vega, a comprar fruta y verdura más barata y me las ingenié haciendo cosas ricas. También me preocupé de vigilar los robos de mercadería y con toda la preocupación y el afán que le puse, mi negocio marchó perfectamente.

¿Qué pasaba con su hermano Raúl que ya tenía una carrera sacerdotal muy reconocida?

Para esos tiempos, cuando ya me encontraba en el año 1962, mi hermano Raúl fue nombrado Cardenal por el Papa Juan XXIII. Toda mi familia se entusiasmó con la idea de acompañarlo en su designación.

En ese entonces, viajar a Europa era inaccesible y sólo podía financiarlo gente con mucha plata. Uno miraba esos viajes como muy lejanos, pero a mi familia le hicieron un precio especial. Yo era la más entusiasmada con este viaje y tenía los medios para ir, porque siempre estaba dejando plata escondida ante alguna eventualidad. Mi único inconveniente es que Patricio ya se encontraba muy enfermo.

La Lucía, una de mis hermanas que vivía con Raúl no tenía plata para ir, pero era tan cercana a él que decidí invitarla. Ella era la dueña de casa en el hogar que compartía con el Cardenal, porque era viuda y tenía a todos sus hijos ya casados.

Yo encontraba que ella no podía perderse la oportunidad de acompañar a nuestro hermano y aunque me decía que no, que estaba yendo al dentista y que se le había acabado toda la plata por el tratamiento, pero yo le dije que por ningún motivo se quedaba acá. "Con la boca cerrada vas, pero no puedes quedarte acá" le insistí.

Los hombres no fueron, fuimos sólo las mujeres, la Lucía, y yo.

¿Pudo participar su madre de este nombramiento tan importante?

Mi madre había muerto el año anterior producto de una bronconeumonía y no pudo ver a mi hermano como Cardenal, ni tampoco como Obispo. Siempre se había logrado reponer ante esta enfermedad, pero esa, que fue la tercera, se la llevó y finalmente murió. Los hijos hombres fueron la locura de mi madre, sobre todo Raúl. La pobrecita murió llamándolo, pero mi hermana Anita, que estaba al lado de ella cuando murió, no quiso avisarle que la mamá estaba tan grave porque decía que él se iba

a angustiarse con la noticia con todo el trabajo que tenía. De haber estado viva, de seguro habría estado muy orgullosa de todos los logros de Raúl en la Iglesia y en su labor como pastor.

¿Cómo era el panorama en su casa, mal que mal iba a emprender un viaje largo y se arriesgaba a que existiera todo tipo de novedades mientras usted permaneciera fuera?

Las cosas en mi casa tampoco eran fáciles como para decir "me voy a Roma". Patricio pasaba semanas en el hospital y después volvía a la casa. Teníamos que tener un balón de oxígeno siempre listo y un motor eléctrico para poder limpiarle los pulmones para que pudiera respirar.

Mis hijos me entusiasmaron y me alentaron para que viajara a ver la investidura de Raúl. Mi hijo médico me dijo "anda mamá, yo me voy a dormir a tu cama al lado del dady y me quedo con él". Mis hijos se comprometieron con los cuidados hacia su padre y yo partí como loca. Patricio no se quiso despedir de mí, se escondió en el baño, se había sentido porque yo me iba.

Le di gracias a Dios por la magnífica oportunidad que me estaba dando. Al despedirme de mi familia en el aeropuerto se me apretó la garganta. Todos mis hijos estaban presentes y yo, empezaba un viaje alucinante. Supe después que mis nietas lloraron a mares y sin consuelo mientras yo ya me embarcaba.

¿Qué sintió una vez que ya estaba arriba del avión y partía rumbo a la investidura?

La verdad fue totalmente impresionante, estaba vuelta loca. El avión me parecía enorme, pero me daba seguridad. Iba en primera clase, con muy pocas personas. Raúl iba sentado

en el segundo asiento, con cuatro curas más y de él sólo veía la bicoca roja. Prácticamente el avión era nuestro, todos éramos parte de la comitiva del Cardenal.

La imponente Cordillera de Los Andes estaba sin nieve, los cerros chilenos se veían enormes a diferencia de los argentinos, más pequeñitos.

Nuestra primera escala fue en Buenos Aires donde hacía un calor terrible. La próxima parada sería Río de Janeiro donde el calor era aún más insoportable. Nos dieron unos abanicos para ventilarnos un poco y unas pantuflas, para que conciliáramos el sueño. El viaje era muy largo, por lo que era necesario descansar en el trayecto.

El 7 de marzo de 1962 llegamos a Madrid y mi primera impresión desde el avión fue el suelo español, tan distinto al nuestro. Las sinuosidades eran redondas, y no puntudas como las que yo conocía con un terreno muy quebradizo.

Di gracias a Dios por tan lindo viaje y por estar ahí, para presenciar ese momento tan importante para mi hermano Raúl, que pronto sería nuestro Cardenal.

Al querer ponernos los zapatos, ni yo ni la Lucía podíamos. Nuestros pies se habían hinchado, nos bajó el cansancio y hasta nos mareamos mientras el avión descendía. Fue un alivio cuando ya estábamos en tierras españolas y al abrir las puertas del avión nos entró el aire. Nos despedimos de toda la tripulación y tomamos un bus que nos llevó a las oficinas del aeropuerto.

Hicimos una fila para pasar por aduanas y policía internacional, pero nos encontramos con unos amigos que esperaban a mi hermano y nos ayudaron con los trámites. Ellos mismos se encargaron de trasladarnos a mi hermana y a mí al colegio del Sagrado Corazón, donde íbamos a alojar.

¿Qué sintió al llegar donde las mismas monjitas de su colegio de niña?

Me dio una felicidad tremenda llegar al Sagrado Corazón, la misma congregación del colegio en el que yo me había educado. Las Madres me recibieron con los brazos abiertos. Eran las mismas con las que nosotros compartimos de chicas, y aunque no eran las mismas personas, me pareció como si las hubiera conocido de siempre.

Las monjitas nos mostraron nuestras piezas. Eran unas camas estupendas con baño al lado. Ese día las niñas del colegio no estaban ya que era el día de Santo Tomás.

Luego de una siesta muy reponedora, salí a conocer los alrededores de Madrid. El correo, la Plaza de Cibeles y su fuente y la Castellana. Era pleno invierno y una lluvia finita nos mojaba un poco la cabeza. Nuestros recorridos eran increíbles. Qué decir del Palacio Real, fue el primero de los muchos que después me tocaría conocer y ahí estaba la cama de los reyes, la capilla con la pila bautismal donde se bautizaba a los principitos. Todo se mantenía tal cual lo había conservado la familia Real.

¿Qué fue lo que más le impresionó?

Una de las cosas que más me llamó la atención fueron las lámparas, todas imponentes y tremendas, las había de plata con platino y cristal de roca. Además, las habitaciones estaban tapizadas de alfombras de más de 150 años y muchas de ellas eran bordadas a mano con hilos de oro y plata. Era todo un lujo fascinante y eso que nos dijeron que ese no era el mejor palacio de Europa.

¿Cómo continuó el viaje?

Al día siguiente emprendimos rumbo a Ávila. Lo que más me impresionó de la ciudad fue la Iglesia de Santa Teresa.

Un lugar que se construyó en el lugar donde vivió la Santa, a un costado del convento de las Carmelitas. Incluso está la pieza donde nació Santa Teresa. Hoy el lugar está convertido en una capillita con dos vitraux que recuerdan los pasajes de la vida de la religiosa.

En el convento que está al lado, se mantienen algunos recuerdos: la suela de una sandalia, el silicio, un pedazo de madera de su pieza y otras cosas que no recuerdo.

Nuestra siguiente parada fue en Segovia, capital de Castilla. La ciudad, de 35 mil habitantes es también muy imponente. Me llamó la atención su Catedral, compuesta de tres naves, la más bajita estaban las capillas que rodeaban la Iglesia y que pertenecieron a diferentes familias. La segunda nave compuesta de ventanas y maravillosos vitraux y una tercera con una gran cúpula al medio, de unos 90 metros de altura. La Iglesia era en sí imponente, sobre todo el sector donde se ubicaba el coro con dos tremendos órganos enchapados en oro o algo así porque eran muy dorados.

Todo es piedra en Segovia y donde más se aprecia es en el acueducto, una construcción rocosa de más de dos mil años que atraviesa la ciudad.

De vuelta en Madrid, nos fue a buscar una señora de las Hijas de María que nos invitó a conocer el Museo del Prado. Era imposible conocerlo en una tarde, un día entero iba a ser poco para admirar tanta obra de arte. Con un folleto en la mano nos detuvimos delante de cada cuadro y sin necesidad de entender la interpretación que cada autor quería darle, uno quedaba maravillada ante esas pinturas. Lejos lo que más nos gustó a la Lucía y a mí fue el cuadro de Las Meninas de Velásquez y el Cristo del mismo autor.

Estaba fascinada con Madrid, había tanta historia, cada Museo o lugar evocaba alguna época pasada que los días se

me pasaban volando mientras esperaba que llegara el gran día en que mi hermano Raúl asumiera como Cardenal.

Hicimos escala en Barcelona para de allí emprender rumbo a Roma, al Vaticano.

En el aeropuerto nos encontramos con dos padres chilenos quienes nos ayudaron con los trámites.

Lo primero que divisé en Roma fueron las ruinas del Coliseo. Todo es increíble, pero noté más pobreza que la que vi en Madrid.

Nos alojamos en un colegio que estaba en los faldeos de un cerrito, en un barrio muy pobre. Ésta era también una casa de huéspedes donde vivían señoritas jóvenes de varias nacionalidades. El hogar había sido fundado por Santa Magdalena Sofía y al día siguiente nos mostrarían lo que había sido su pieza, que ahora está convertida en capilla.

Al día siguiente, una lluvia y un gran frío nos dieron la bienvenida a nuestro primer día instaladas en Roma. Nos dirigimos hacia el centro, donde conocí el monumento de Vittorio Emmanuele, había estatuas por todos lados y así como en Madrid me encontré con muchos castillos, acá las Iglesias eran los monumentos que más se veían. A diferencia de Madrid, donde encontré muchas construcciones nuevas y había mucha actividad, en Roma todo lo percibí como más antiguo, sin embargo, tenían mucho más comercio y tráfico en sus calles.

De vuelta a la casa, fuimos visitadas por la madre Superiora, que nos llevó unos folletitos para que nos ubicáramos en la Basílica de San Pedro. Ante tanta atención le pregunté que cuánto nos iba a costar nuestra estadía, ella, muy amable me dijo que nada, que todo sería gratis, porque

íbamos a ser tratadas como ex alumnas de los colegios de la Congregación. Esa actitud me conmovió, y no dejé de darle gracias a Dios por todo lo que estaba conociendo, algo que hacía dos meses atrás ni siquiera me hubiera imaginado.

Y lo más importante: la investidura de su hermano como Cardenal...

Mi viaje a Roma lo escribí todo en una bitácora y lo hice para que Patricio supiera todo lo que había hecho. Yo me encargaba de mandarle copias de lo que salía en mi diario y eso lo mantuvo tranquilo. Él en cambio, nunca me escribió una carta.

Y llegó el día en que se anunciaba el nombramiento de Raúl como cardenal.

Muy temprano partimos a la casa de los Salesianos de Marzala, donde sería la primera ceremonia con la entrega del birrete, a las 11 de la mañana.

¿Qué sintió ese día, cómo lo recuerda?

Fuimos las primeras en llegar; Raúl estaba con todas sus ropas de obispo y lo vi rezando en un costado de la casa. Poco a poco empezaron a llegar los demás invitados. Gran gusto me dio ver a dos primas mías que se habían hecho monjitas y hacía más de 30 años que se habían ido de Chile.

Entre todos los asistentes, se encontraba el Padre Provincial de los Salesianos, dos embajadores y un compañero de colegio y otro de la Universidad Católica, en los tiempos que Raúl estudiaba Derecho.

En ese momento llegó un compañero de Su Santidad, creo que era un Obispo que le entregó a Raúl un sobre con

el nombramiento que le había hecho el Papa. Lo encontré tan curioso. Se me hacía como que querían que el nombramiento de Raúl como Cardenal fuese una sorpresa, cuando en verdad todos sabíamos por qué estábamos reunidos allí. Recuerdo la respuesta de mi hermano, tan emotiva y sencilla que copié la última parte, que fue la que más me impresionó.

¿Qué decían esas palabras?

“A la invitación del Señor que me hace su vicario... mi respuesta no puede ser sino una sola: Mi Dios y mi todo; yo pobre hombre que soy perseguido de Tú predilección y de tu caridad, me encuentro en la necesidad de responder con mi pequeño amor humano.

Arder en la llama de Tu amor, dedicarme a Ti y a Tú servicio, en la persona de los pobres y los necesitados, mis pobres fuerzas humanas, sacrificar en el altar de Tu urgente amor toda mi vida y darme como tu Santo Cuerpo a todos los hambrientos de este mundo.

Ayudadme, queridísimos hermanos y amigos a revestirme de la roja púrpura del amor, a corresponder con mi entrega total a la Santa Madre Iglesia y a repetirte todos los días de mi vida al unísono con Pedro el Pescador; Señor, Tú sabes todas las cosas, Tú sabes que yo te amo”.

Después de esas palabras, toda la gente lo felicitó.

¿Cómo fue el momento de la investidura?

Al momento de la investidura, nos sentaron en el primer palco. La sensación de ver a mi hermano ahí era lo más

impresionante que uno se pudiera imaginar. Raúl, vestido con un traje totalmente deslumbrante, de repente nos hacía unas miraditas para saludarnos.

Después de las felicitaciones de rigor, tuvimos un gran banquete con la Congregación Salesiana.

Estaban ahí unas primas nuestras, la María Eugenia Silva Cáceres y Graciela Silva Pizarro. Ellas nos convidaron luego a un convento que quedaba frente a la Iglesia de San Pedro ad Vincula, donde estaba la famosa estatua "El Moisés" de Miguel Ángel.

Me acordé del encargo de Patricio de mirarle las barbas, que efectivamente llegaban hasta las rodillas. La cara tenía una expresión imponente, sin ser dura y todos los detalles se veían perfectos y hasta las pupilas de los ojos parecían como si nos miraran.

¿Pudo conocer directamente al Papa?

Obviamente que estando en Roma una de las cosas que más ansié fue ver al Papa Juan XXIII. La mañana siguiente de la ordenación de Raúl, fui a cambiar un cheque en dólares al Banco del Vaticano y vi a un grupo de turistas que iban subiendo hacia la Plaza de San Pedro. Me mezclé entre ellos y al llegar a la entrada, mostraron unas entradas. Aproveché de colarme entre el grupo y así pude subir a un gran salón donde el Papa iba a realizar una audiencia. Eran miles y miles de personas.

Ahí estaba el Papa Juan XXIII sentado en su silla, transportada por 4 guardias que pasaban en medio del público que lo aplaudía fervorosamente mientras tocaban las campanas de la basílica. En esa ocasión, el Papa llevaba un

chaleco en la mano y yo se lo recibí. Yo sólo atinaba a decir “los pañuelos, los pañuelos” porque estaba emocionadísima. Ni me acordaba que en Chile había dejado el tremendo pastel. Todos mis hijos me habían empujado a viajar ya que ellos iban a quedarse con su papá.

A los pocos días se realizó otra de las ceremonias importantes de Raúl. Fue el jueves 19 de marzo de 1962 cuando mi hermano fue investido como Cardenal de la Santa iglesia Romana.

El Consistorio Público, lucía fastuoso y en la parte central de la basílica todo estaba arreglado para dar inicio a la ceremonia. Todo alfombrado, una alfombra verde suave que resaltaba los rojos y morados de los trajes de los Cardenales y Obispos y el brillo de los uniformes de los guardias papales, de los condecorados pontificios y del cuerpo diplomático resaltaban aún más esa escena.

Desde lo lejos se oían los coros del Vaticano mientras aparecía Su Santidad en la silla gestatoria, escoltado por los mismos 4 guardias que lo acompañaron en mi audiencia. En esa ceremonia, lo primero que se hizo fue la declaración de obediencia de los antiguos Cardenales hacia el Papa. Cada uno avanzaba lentamente y de uno a la vez, acompañado de un Monseñor. La procesión era totalmente calma y solemne y las largas colas de la capa que llevaban los separaban tres metros unos de otros. Algunos de ellos eran muy viejitos y arrastraban los pies, por lo que necesitaron de ayuda para subir las gradas. Todos se arrodillaban ante Su Santidad y le besaban el anillo.

¿Cuál es la sensación de ver a alguien con quien se crió, viviendo un momento tan importante, no sólo para ustedes, sino también para el país completo?

Cuando apareció Raúl, se me apretó la garganta. Él esperaba al pie del trono que terminara su compañero. Al momento de ser anunciado, subió las gradas, se arrodilló y le besó las manos y los pies a Juan XXIII. Él le respondió tomándole las manos, le habló y luego se dieron un abrazo juntando sus caras. En eso, le recogieron la cola y se la doblaron en el brazo para que pudiera bajar las escaleras y así abrazar uno a uno a los antiguos Cardenales. A todos los que recién asumían se les hizo luego otra ceremonia en la que les ponían un gran sombrero, luego de eso, se leía una fórmula en latín.

Y así, entre toda mi emoción llegó el final de ese día en que mi hermano Raúl pasó a ser Cardenal de Chile. Entre aplausos y aclamaciones salió de la Basílica, mientras yo no podía creer tanta felicidad.

¿Volvió a Chile después de las ceremonias?

No, al contrario. Después de la ordenación yo me entusiasmé y seguí viajando. Antes, eso sí, me quedé en Roma un mes entero para tratar de conocer lo más posible.

¿Cuáles fueron los otros itinerarios?

Entre las cosas que más recuerdo de Italia está el paseo que hicimos a Nápoles, una ciudad que bordea el mar y que se caracteriza por el comercio a orillas de la carretera donde se vendían trenzas de naranjos y limones.

La bahía de Nápoles era enorme, con barcos y veleros y toda la población, como la de Valparaíso, encaramada en los cerros. Nuestro día de visita estaba totalmente soleado. Parecía que todos estaban en fiesta porque la ciudad estaba rodeada de banderitas de colores.

La siguiente parada fue Florencia, la ciudad del arte. Cuatro días estuvimos ahí visitando galerías y Museos. Cuando la Lucía se ponía regalona y se decretaba cansada, yo sola, con un libro turístico en mano partía a recorrer. En las mañanas me levantaba temprano para asistir a la misa de las monjitas. Un día, una de ellas me tiró el anzuelo y me dijo: ¿No le gustaría ser monjita?. Yo no lo podía creer, yo, una mujer casada y con cinco hijos, el menor de 16 años. Obviamente era una idea imposible. De repente también me acordaba de Patricio y me venían todos los remordimientos, que cómo estará y cómo se sentía, pero más me apuraba la idea de conocerlo todo. Estaba ahí mismo en Europa y tenía que aprovechar.

Después emprendí rumbo sola a Turín, mientras que la Lucía prefirió quedarse en Roma con las monjitas. Yo en cambio parecía un pájaro loco que sólo quería conocer la ciudad de Don Bosco, fundador de los Salesianos y la iglesia donde había sido consagrado mi hermano como sacerdote.

La siguiente parada fue Paris. Los padres chilenos que estaban en Roma nos habían reservado una acomodación con unas monjitas que ellos conocían. No tuve problemas con el idioma, porque apareció el francés que aprendí de niña. Era rico estar en un país donde dominaba el idioma, sin embargo a pesar de mi interés por conocer, mi compañera dé viaje ya se había aburrido. A la Lucía sólo la entusiasaban las visitas a la Medalla Milagrosa, mientras que yo estaba empecinada por conocer los Campos Eliseos, el Museo del Louvre y miles de cosas más.

Un día, fui a recoger unas cartas a la embajada y me encontré con el embajador quien me convidó a visitar Ginebra, donde vivía su familia chilena, la que me acogió cariñosamente. Para coronar mi aventura, encontré ahí a la

señora Urrutia de Jara, madre del Cónsul, que se entusiasmó con mis planes de viaje y me sugirió que ella podía acompañarme en lo que quedaba de mi travesía. Eso sí, no podía desconocer que su sugerencia tenía los inconvenientes de ir acompañada de una persona que para mí era extraña.

Mi idea era seguir luego rumbo a Londres, sin la Lucía que prefirió quedarse en París, pero a falta de la Lucía, estaba doña Urrutia, que se me pegaba en todos lados, porque no hablaba ningún idioma.

Quedamos de juntarnos con doña Urrutia en el aeropuerto de Orly y así, sin más ni menos, en una hora ya habíamos llegado a Londres, la patria de Patricio y de mis hijos.

Inglaterra... el país de su marido...

Inglaterra era un sueño que quería cumplir, porque era la tierra de Patricio, pero eso sí que fue una aventura, porque ni siquiera sabíamos dónde íbamos a alojar. Sin embargo, me guíé por una dirección que me había dado uno de los Padres. "The convent of the sisters", "The poor servants of mother of God". Eran tales mis nervios que en el trayecto del aeropuerto a esta casa me sentía tal como si tuviera que rendir un examen.

¿Qué le pasó al llegar donde esas monjitas?

Llegué al Euston Square donde salió a recibirnos una monjita muy linda, coloradita y de ojos azules. Lucía una toca almidonada igual a la de las monjitas americanas del Villa María, y llevaba consigo un escapulario azul sobre su hábito negro.

La hermana nos hizo pasar al interior de la casa para esperar a la "Mother Superior" para rendir un examen de admisión. Estaba tan nerviosa que me encomendé a los santos.

Llegó la señora, el prototipo de la monjita inglesa, amable pero mesurada y empezó el interrogatorio. Yo como pude hablé inglés medio chamusqueado, y le expliqué la causa de mi viaje a Europa; las fiestas de mi hermano Cardenal, la sangre inglesa de mis hijos y mis ansias de conocer Londres. Ella sólo me escuchaba, pero con su mirada me sentí totalmente investigada y analizada de pies a cabeza. En cada momento en que yo pronunciaba mal, me corregía mi inglés, que el verbo se usa así, que la palabra se dice de esta otra forma, etc. Me hizo algunas preguntas, como dónde habíamos dormido el resto del viaje, que cómo sabía inglés, que si mi hermano ya estaba en Chile y hasta si en nuestro país habían muchas huelgas, ¡Dios mío, qué apuros!

Era un examen tan minucioso que lo que más esperaba era que después de tanto interrogatorio me diera la aprobación para alojarme ahí. Sin embargo, la monjita, muy seria me dijo que lo sentía mucho, pero que no había espacio para nosotras, que estaba todo completo. Había salido reprobada de mi examen.

La hermana me recomendó hoteles cercanos, pero yo estaba tan angustiada que sólo atinaba a rezar para que surgiera inesperadamente un cupo para mi acompañante y para mí. No sé si mi cara de afligida la conmovió pero la cosa es que después de mis plegarias, ella revisó el libro de visitas y me dijo que dos niñas habían cancelado el viaje a última hora y que por lo tanto, había pieza disponible.

La casa de las monjitas estaba llena de jóvenes huéspedes, mujeres que pasaban ahí al menos un año, quizás

por eso la Madre fue tan exigente con nosotras, pero finalmente terminó accediendo.

Empezó mi viaje por las tierras de mi marido: Buckingham, Hyde Park y la Catedral de Saint Paul fueron de los lugares que más me impresionaron.

¿Qué pasaba con su familia acá en Chile?

Después me enteré que Patricio lo único que pedía, mientras yo estaba de viaje era que no me mandaran más plata, porque cada sobre con dinero podían significar más y más semanas fuera de Chile, conociendo todo lo que había que conocer. De hecho, después de Londres me fui a Amsterdam, pero ya era hora de regresar a mi país.

Pasé primero a Paris a juntarme con la Lucía que sólo había descansado. De ahí la siguiente parada era Madrid, donde supuestamente tomaríamos el avión para regresar a Chile. Sin embargo, se me ocurrió una idea. Quise cambiar los boletos del avión y preferí regresar en barco, ¡cómo si el tiempo que pasé fuera de Chile hubiese sido poco! Ese viaje en barco duró un mes. Preferí venirme así porque quería descansar y también porque en el fondo de mi corazón, quería que esa aventura todavía no acabara.

La partida de Europa, con el barco alejándose suavemente mientras la banda tocaba una canción inglesa, me conmovió completamente. No hice más que disfrutar mi vida a bordo de ese barco que fue mi casa por un mes. Además, me entretuve haciendo amigas y participando en todos los entretenimientos de apuestas y cuanto baile se organizó. De hecho, cuando pasamos la línea del Ecuador, fui a un baile que organizaron, vestida de japonesa y con una máscara para que nadie pudiera reconocerme. Y por fin, después de un mes de travesía, llegué a Valparaíso.

¿Cómo fue el recibimiento después de tantos meses fuera?

Ahí estaban casi todos mis hijos esperándome en el puerto. Patricio, mi marido también estaba ahí, pero no quiso ni saludarme cuando me vio llegar. Estaba sentido ante mi rebelión, a pesar que le había escrito todos los días. Supe después que leyó todas mis cartas en el hospital, mientras iba a hacerse su tratamiento. Sin embargo, llegué tan excitada y con tantas cosas que contar que muy pronto se olvidó de mi pecado.

Volví cargada de diapositivas y fotos de todas las partes del mundo en las que había estado. Además, me preocupé de escribir un grueso libro con las crónicas de mis viajes en la que no perdí oportunidad de contar cada detalle de cada día que pasé en Europa. Fue así como me reintegré a mis deberes en el Casino de la CEPAL y la vida volvió a su ritmo habitual.

¿Cómo estaba la salud de su marido?

Tras mi viaje aventurero me encontré con un marido muy enfermo. Patricio ya venía mal, pero con los meses la situación de su salud empeoró. La enfermedad de Patricio se había agravado, pero yo ya me había acostumbrado a ella y la verdad no me daba mucho cuenta de su mala evolución.

Cada vez que llegaba de mi trabajo, ahí estaba él, esperándome. Yo ya le sentía su lento respirar, desgastado por tantos y tantos cigarros. Se agarraba de mi hombro y muy despacio salíamos a caminar. Los paseos eran especialmente los domingos, cuando íbamos a misa de Los Dominicos, o a la de Los Trapenses, por allá arriba. También lo llevé a pasear a la playa y escogí Algarrobo como el lugar ideal para que aprovechara de descansar. La brisa del mar lo ayudaba mucho a tomar un buen aire.

Fue a fines de mayo, que Patricio contrajo un resfrío y en su desesperación por poder respirar, él se quedaba afuera, recostado en la terraza. Sin embargo, para esa fecha, los días ya eran cambiantes con fríos muy intensos, cosa que le afectó. Como todas las veces, empezó a perder la conciencia, pero de un día para otro se agravó. Llamamos a su doctor, que ya no se interesó por él y determinó no visitarlo más ya que no había nada que hacer. En mi desesperación y gracias a los consejos de Henry, que ya era médico, determinamos llevarlo al Hospital del Tórax. Esa fue la última semana de su vida.

¿Cómo recuerda esos últimos momentos?

Afuera de la sala de cuidados intensivos yo no hacía más que acompañarme del rosario, para rezar y rezar por la salud de mi marido. Nadie tampoco me dejaba entrar a su habitación para poder verlo, con suerte nuestro hijo médico podía entrar.

Estaba decidida a acompañar a mi marido, y con tal idea, decidí conquistarme a la enfermera jefe del Hospital. La convidé a comer, pero con una condición: que cuando los doctores dejaran la habitación de Patricio, me dejara entrar. Él, siempre una de las cosas que más me recaló fue que no lo dejara solo, por lo tanto, yo, con mi deber de esposa me sentía en la obligación de estar al lado de él que estaba en esa UCI tan inhumana.

Esa enfermera, que entró en trato conmigo, me consiguió una cama para que yo pudiera dormir y me prometió además, que si pasaba cualquier cosa, iba a llamarme y a mantenerme al tanto de toda noticia.

Raúl, que estaba de Cardenal, también fue a visitarlo y al verlo a él tan importante, los médicos me dejaron ingresar

con él. Me pusieron un delantal verde para entrar lo más cuidadosamente a la pieza y al verme, mi marido me reconoció.

Recuerdo esos ojos azules intensos que me miraban y me interrogaban como siempre: ¿Dónde estabas?, me decían. Y para mis adentros, respondía que yo estaba en la plenitud de la vida mientras él, que era el amor de mi vida se moría. Me dediqué a cantarle sus canciones favoritas hasta que logré que se quedara dormido. Esa fue su última noche y la mía, la más triste que recuerde.

Al día siguiente Patricio amaneció inconsciente. El movimiento de los médicos y sus máquinas para tratar de reanimarlo me hicieron presagiar que algo malo estaba ocurriendo. Mi hijo Henry, como médico, logró entrar a la habitación, mientras yo estaba afuera en compañía de mis hijas devorándome el rosario.

Salió Henry de la pieza y me dijo: “Mamá, en 20 minutos más el dady está muerto”. Me volví loca. Mis hijos intentaron sujetarme pero yo saqué garras de leona y empujé la puerta para entrar al lado de mi marido y abrazarlo los últimos minutos de su vida.

Abrazada de él, Patricio se fue. Cuando empezaron a apagar las máquinas, me di cuenta que ya todo había terminado.

Fue un cambio en 180 grados. De un viaje maravillosos a quedar viuda...

¡Cómo me cambió la vida! Hacía tan poco me encontraba en Europa disfrutando de una aventura maravillosa y en un lapso tan breve había pasado al estado de la viudez.

Mis hijos ya tenían sus propios planes. Henry debía partir a Valparaíso para hacer su especialidad, la Florence había comprado su casa de El Director y había cumplido su sueño de tener su propia casa. Así, en un mes, tras la muerte de mi marido me encontré viviendo sola con Richard.

¿Cómo se las arregló para salir adelante y mantenerse junto a Richard?

Decidí renunciar a mi puesto en el casino y liquidé la casa de Los Leones para irme a una parcela en Puente Alto que había adquirido mi yerno, casado con la Lillian. El trabajo fue mi gran remedio.

Con un gran esfuerzo llevé a cabo un nuevo negocio agrícola. Comencé mi nueva veta con 1.500 gallinas para que empollaran, pero antes de que empezara el período de postura y a raíz de una epidemia, se murió la tercera parte de mi capital. Y como echando a perder se aprende, cuando llegó el nuevo período de postura de los huevos me encontré además, con gente muy sin vergüenza que ni siquiera me pagaba los pedidos. Aún así y después de dos fracasos, seguí intentándolo.

¿En qué consistía su trabajo?

Había que preparar el alimento para las aves, pero como no tenía máquinas para hacerlo, me hice amiga de los parceleros de la reforma agraria que después de sus jornadas, me prestaban sus máquinas. Así ponía el foco de mi auto para que me alumbrara y me quedaba hasta las 11 de la noche moliendo y revolviendo la comida para las gallinas. Este trabajo debía hacerlo cada dos semanas y cuando se acababan las porciones para las gallinas, debía repetir mi rutina.

A pesar del esfuerzo, el trabajo en la parcela me recordó mis días de infancia en el Molino. Además, me hice ayudar por una vaca holandesa que me daba un balde lleno de leche todos los días. Hice quesillos y pailas de manjar al calor de una olla, tal y como lo hice muchas veces en compañía de las mujeres que trabajaban en mi casa cuando yo era una niña. Eso constituyó para mí una felicidad única.

Mi tiempo se volvió un bien escaso. Entre la atención al gallinero, la clasificación de los huevos, los cultivos de la parcela sumado a la crianza de chanchos Landrace, que se desarrollaban rápido y por los que se pagaba un muy buen precio mi plantel fue creciendo. Así fue que instalé mi propia fábrica.

Gracias al esfuerzo de Richard y al mío, la parcela tomó un impulso increíble. Las tierras abonadas con el guano de las aves daban regias hortalizas y un camión de supermercado era el encargado de recoger los huevos dos veces por semana.

Por esos años, tener un negocio vendiendo huevos era sumamente arriesgado porque los precios eran muy fluctuantes. Si daban un buen precio, aparecía a la vez una enorme cantidad de gallineros por lo que se saturaba el mercado y el precio se venía abajo. Por eso quebraron muchos avicultores y para mí fue una hazaña mantenerme en los tiempos malos. Pero asumí el desafío bajando los costos. Corrí todos los riegos incluso dándole huevos a los chanchos cuando se echaban a perder.



VI

Clementina viajera

¿Nunca más pensó rehacer su vida, volver a casarse quizás?

A pesar de quedar viuda muy joven nunca más me replanteé la idea de casarme otra vez. Me sentía feliz de estar libre. De haber sido tan independiente toda mi vida no quería volver a tener a mi lado a un hombre que me dijera qué era lo que tenía que hacer. No quería volver a someterme.

¿Por qué habla de “someterse”?

Yo estaba enamorada de mi marido, lo quise mucho y hasta su muerte fui siempre fiel, jamás pasó un hombre por mi mente, pero yo lo único que deseaba era la libertad. Esa tutela espantosa de un hombre sobre una mujer y que mi marido llevó siempre conmigo, ya me tenía loca. Nunca hice cosas malas, pero estaba totalmente sometida, era algo que iba contra mi personalidad. Por eso volvió a aparecer la Clementina libre.

Había personas que me cortejaban, me hacían atenciones, había gente que me planteaba una amistad pero yo las rechacé completamente.

¿Cuál fue el rumbo que quiso darle a su vida, esta vez sola y con hijos casados?

Al año siguiente de enviudar, me fui a Europa, esta vez a Inglaterra a vivir por un año con mi hijo Henry, gracias a una beca que ganó para completar sus estudios de medicina.

Mi hijo me convidó a este viaje con la idea que lo acompañara y ayudara a su señora a criar a Paul, su hijo que estaba recién nacido. Para mí eso sí, fue sumamente doloroso dejar a Richard acá. Él había sido un gran compañero y nunca me dejó sola durante ese año que tanto necesité su compañía y afecto.

Para la señora de mi hijo fue un consuelo saber que yo me iba a hacer cargo de la guagua, porque ella se sentía incapaz. Sin embargo, al cuarto mes de estar con ellos en Inglaterra partí nuevamente a recorrer el continente y como pájaro suelto volví a mi vida de gitana.

No pudo resistirse a la idea de seguir viajando...

Tomé un boleto de tren en París que me permitía quedarme los días que yo quisiera donde yo determinara. Con un mapa en la mano le fui señalando a la guía turística las partes que me interesaba conocer.

El viaje me resultó muy barato. Todo en primera clase quedándome el tiempo que yo quisiera en alguna ciudad.

¿Cuáles son los destinos que más recuerda?

En primer lugar estaba Holanda, donde a mi llegada me esperaba una familia hermana del Padre Snijer, quien había sido cura de la parroquia de La Pintana, mi parroquia, mientras

viví en la parcela. Por la cercanía con el cura, me sentí tremendamente acogida por esta familia holandesa, que me presentó a todas sus amistades, organizando distintas reuniones para que yo pudiera conocerlos. De ahí seguí a Frankfurt y München donde, entre varias excursiones, conocí el campo de concentración de Dachau, con todas las atrocidades que ahí se cometieron. Todo está explicado con documentos y cifras, pero la sola sensación de estar ahí es escalofriante y patética, sobre todo por las condiciones de vida que mantuvieron a los prisioneros de los nazis. De hecho ahí permanecía una barraca con los camarotes de madera en donde dormían apiñados unas 1.500 personas, y eso que el lugar sólo tenía capacidad para 280.

En el lugar donde estaba el crematorio había una iglesia Israelita y en sus muros, un memorial con los nombres de todos quienes murieron. Al fondo también había una Iglesia católica con un convento donde vivían las monjitas de las Carmelitas. Lo más impactante, es que esa capillita había sido consagrada por el Obispo Auxiliar de Munich, quien fue prisionero en ese campo de concentración entre 1941 a 1944. No hice más que rezar con mucho fervor arrodillada a los pies del santuario mientras de lejos oía cómo tocaban el armonium.

De Munich tomé el tren para continuar mi aventura. Praga sería mi próxima parada. No sabía que me estaba metiendo a una ciudad con régimen comunista, como para ese entonces era la República Checa. Tampoco sabía que debía andar con mi visa y por supuesto no la andaba trayendo en ese momento.

Entré a la frontera en un tren atestado de gente. Cerraron las puertas y nadie pudo bajarse y fue así como empezó la revisión. Un soldado acompañado de otro con una metralleta.

¿Qué pasó cuando llegó el turno para que la revisaran?

Cuando llegó el momento en que debían revisarme a mí, le mostré mi pasaporte al soldado quien se quedó con él. Después de un momento recapacité y lo seguí. En eso, el hombre me apuntó e hizo que me bajara del tren al igual que mi equipaje. Por supuesto que toda nuestra conversación fue por señas, porque ellos no hablaban ni francés ni inglés.

Me llevaron a una salita mientras yo veía cómo hacían averiguaciones respecto a mi identidad. Menos mal que llegó luego un empleado que sabía francés y fue así como pudimos iniciar un diálogo. Creyeron que yo era una periodista infiltrada o qué se yo, pero debí explicarles los motivos de mi viaje: que era turista, que había acompañado a mi hijo a Londres.

¿Se quedó en Praga?

Después de esperar mucho rato los soldados volvieron a mí y me comentaron que pagando una suma de dinero podía entrar. Menos mal porque no me hubiera hecho ninguna gracia quedarme parada en la mitad de la estación. Finalmente logré subirme nuevamente al tren. Los soldados dieron un pitazo y retomamos el viaje.

Dentro del tren todos los checos me preguntaron qué era lo que me había pasado y me miraban con cara de sospechosa. Pero finalmente llegué a Praga, pero me sentí incomoda, como espía en todo momento y aunque fue una linda experiencia hoy la veo como un poco arriesgada.

¿Recuerda alguna anécdota en particular dentro de ese viaje?

En este viaje, terminé, sin saberlo, en un salón nocturno. Después de pasar por Praga partí con rumbo a

Viena y determiné tomar un tour. El problema es que tomé un tour de noche que terminaba con esta "atracción" que yo no imaginé.

Mi política en los viajes era la de alojar la primera noche en el hotel que quedara frente a la estación y de ahí me cambiaba a otro más barato para poder alojarme el resto de los días. Es que viajaba con un presupuesto de mil dólares, que era muy poco, por lo tanto, tenía que administrar bien mi plata. Eso hice en Viena.

En la oficina turística de la ciudad me ofrecieron dos tours: uno muy elegante, pero yo pensé que con el toilette que llevaba que no eran más que un par de blusas y unos pocos pantalones no me iba a sentir bien, por que la gente iba a estar muy elegante. El otro tour en cambio era muy sencillo y decía Greenpeace. Elegí el más sencillo que me parecía más de acuerdo a mí, más de turista y a la forma en que yo viajaba.

Llegamos a un boliche donde apareció una niña que empezó a sacarse la ropa y yo, ¡ay no sé! Los hombres vueltos locos, un niño chico que le decía a su papá con tono angustiado "Y papá, por qué se va a sacar la ropa, papá se lo va a sacar todo" y el pobre no entendía nada el porqué de esa mujer pilucha.

¿Qué hizo usted mientras veía ese espectáculo?

Yo no me podía ir porque andaba con todo el tour así que cerré los ojos mientras duró el espectáculo.

La pobre mujer me dio una pena tremenda, de tener que llegar a empilucharse para ganarse la vida. Lo único que hice fue cerrar los ojos y rezar por esa pobre niña.

¿Qué pasaba con su hermano Raúl para ese entonces?

En ese entonces mi hermano Raúl estaba en Chile, le habían hecho un recibimiento fantástico mientras yo andaba en Europa. El ya ejercía como Arzobispo de Santiago.

¿Dónde terminó su viaje?

La última parada fue en Madrid donde me encontré con una sobrina, la María Angélica Silva. Me hice amiga de sus niños, que estaban en vacaciones en la sierra, en una parte llamada Garganta de los Montes, una aldea antiquísima con casas de piedra y calles sin pavimentar. El pueblo era muy sencillo y toda la gente formaba una comunidad que por turnos llevaban a los animales a pastar.

¿Cuáles eran sus planes?

Mi idea era acompañar a mi sobrina a la playa de Benidorm, y después organizar un viaje a Grecia, pero sorpresivamente recibí un llamado de Henry que me pedía que me fuera de vuelta a Londres para cuidar a Paul, porque mi nuera había perdido una guagua y estaba muy mal. Ellos querían hacer un viaje a Europa antes de regresar a Chile y como era necesario que ellos descansaran, me fui a cuidar de mi nieto.

¿Cómo fue el regreso porque ya faltaba poco para volver a Chile?

Me encontré con mi nieto que ya estaba enorme y me miraba con cara extrañada, no sé si me reconoció inmediatamente, pero lo disfruté mucho mientras mi hijo estaba de viaje. Le enseñé a caminar solito.

Cuando mi hijo regresó, organicé un viaje a Irlanda, que siempre había querido conocer. Traté de encontrar a la familia de Patricio pero no me resultó porque iba con muy pocos datos y los esfuerzos que hice no prosperaron.

Lo más curioso fue que en el barco de regreso a Chile, me encontré con mis cuñados; la Mary, hermana de Patricio y su marido, Sydney Cook, que regresaban también después de haber vivido un tiempo con su hijo en Inglaterra, igual que yo. Llegamos a Buenos Aires donde me estaban esperando la Katy y Richard.



VII

La vida en Australia

Llegó el año 1970 y el mismo día y a la misma hora que asumió Allende decidí partir a vivir a Australia. La decisión la tomé porque tres de mis hijos me contaron que habían resuelto irse del país. Les pedí que se pusieran de acuerdo y que todos se fueran al mismo lugar y que yo los acompañaba.

Todo el que podía, se iba del país. Existían los más tristes presagios. Muchos conocidos partieron a Argentina, otros a Canadá, pero el país que más facilidades ofrecía era Australia y siendo un país que dependía de Inglaterra, le entusiasmó mucho a mis hijos partir hacia allá.

¿Por qué sus hijos quisieron partir?

Mi hijo mayor, Henry, era muy gringo y no calzaba en Chile. Cuando empezó el gobierno de la UP y gracias a los contactos que él había tenido con otros médicos en distintas reuniones, le dijeron que Australia era muy buena alternativa. De hecho un doctor le ofreció hacerle todos los contactos allá.

Todos los niños tenían un anhelo especial por salir alguna vez del país. Recuerdo que cuando era chico, Henry

jugaba a los trenes y barcos y en sus juegos siempre decía “y nos vamos para Inglaterra”. Ponía a todas sus hermanas en fila simulando la cola para subirse al barco rumbo a Inglaterra, a conocer a la reina. Esa era toda su obsesión. Además mis hijos no estaban de acuerdo con el Gobierno de Allende y veían que venía la debacle, por eso optaron por salir.

¿Cuáles eran las garantías que ofrecía Australia?

En ese país se daban grandes facilidades. Usted pagaba sus pasajes y Australia le devolvía esa plata allá. Acá no había manera de obtener dólares. Además se ofrecía trabajo y de no tenerlo, a uno lo recibían en “hostels”, donde nos alojaban y nos daban comida hasta que uno encontrara dónde trabajar.

En Chile no existían esas oportunidades y pensando en el momento que estaba atravesando el país, esas condiciones eran muy tentadoras.

¿Cómo se sentía de dejar su país sin saber cuándo regresaría?

Fue terrible dejar la patria. A pesar que íbamos muy ilusionados, también sabíamos que comenzaríamos de cero. Dejaba también a dos hijos acá: la Katy y la Florence y eso también me daba pena. Ni mis hijos ni yo sabíamos a lo que íbamos y pintaban las cosas muy distintas a lo que uno se imaginaba. Por ejemplo, yo me acuerdo que el yerno de mi hija decía que allá uno podía irse al campo porque regalaban la tierra a condición de que nosotros cortáramos los árboles que habían y que construyéramos las casas. Él tenía mucha ilusión y ya veía que a todos nos iban a dar eso, pero en ninguna parte dan todas las facilidades, porque para todo hay que machucárselas.

¿Cómo fue el primer impactó al llegar?

Íbamos completamente inciertos de nuestro futuro. Cuando llegamos al aeropuerto, a Richard y a su familia, los estaban esperando y les pusieron a todos una escarapela, que encontramos igualita a esas que les ponen a las vacas en la FISA. Antes de llegar eso sí, nos habían “desinfectado” para que así murieran los contagios indígenas que pudiéramos traer. Tal cual. Eran totalmente ignorantes de cómo era nuestro país.

Al matrimonio le dieron una acomodación en un hostel, con piezas y camas limpias, pero con baños comunes. Sin embargo, ese hostel, que era una barraca de los tiempos de la guerra, era sólo para gente joven, porque siempre ocurría que iba gente a dejar allá a los viejos y finalmente terminaban abandonados en los “hostels” y yo que ya tenía 60 años, no podía alojar allá, pero eso yo ya lo sabía.

¿Qué hizo usted?

Eso significó que yo debía separarme de mis hijos y buscar alojamiento en otra parte y aunque sabía eso, aproveché y me hice socia del Ejército de Salvación, que existe en todas partes del mundo. Allá supuestamente encontraría acomodación y mis hijos me fueron a dejar sin más problemas. El Ejército de Salvación estaba instalado en una casa viejísima. Había muchas piezas por lo que parecía más bien un internado. Lo bueno del lugar era la ubicación, en pleno centro de Sydney. El gran problema era que cada noche el suelo se llenaba de baratas. Para ir al baño había que hacer ruido con los pies para espantarlas y de ninguna manera andar sin zapatos. Menos mal que sólo había acomodación para una semana y no más...

¿Recibió ayuda de su hermano Raúl desde Chile?

Los padres Salesianos nos ayudaron tremendamente mientras estábamos en Australia. Raúl les escribió una carta a ellos para que nos dieran algunas facilidades. De hecho cuando supieron que yo me alojaba en el Ejército de Salvación hicieron gestiones y consiguieron que un matrimonio amigo de ellos me recibiera en su casa. Era una "vuelta de mano" con esta familia australiana, porque los Salesianos habían recibido a uno de sus niños -que era muy difícil- y que había sido echado de varios colegios, en el establecimiento de la Congregación, por lo que esa familia le debía mucho a los curitas.

Ellos les pidieron que acogiera a la hermana del Cardenal en su casa, "claro", dijeron y me dieron la pieza de su hija chica.

Mi nuera, la Tere, señora de Richard le escribía a mis hijas en Santiago que "la naná estaba viviendo con un australiano con 6 hijos". Mis hijas juraban que yo estaba casada con ese australiano y lloraban a mares las pobres porque pensaban que yo tenía familia nueva. No sabían que en realidad sólo estuve con ellos una semana y que la familia fue realmente encantadora y que el señor del asunto no era soltero, sino que vivía la familia completa.

El desorden de la casa era increíble, pero todos vivían felices. Despertaba en las mañanas con los gritos de los niños, cada uno pidiendo algo que había perdido: "que mi bolsón, mi equipo de gimnasia", ¡una locura total! Cuando se cerraba estruendosamente la puerta de la calle comenzaba a reinar el silencio, sólo entonces yo me levantaba.

Los niños de la casa lo único que me preguntaban era sobre los indios, creían que andábamos con una pluma, me preguntaban cómo vivíamos en Chile. De hecho creían que

andábamos con plumas y que los indios vivían entre medio de nosotros. Fíjense que una vez que mostré un retrato de las niñas decían “uh, con jeans” y tú decías que venías de Santiago y creían que era Buenos Aires, no tenían idea dónde estaba Chile. Él que yo supiera francés no les cabía en la cabeza, ni que fuéramos educados... una incultura total.

¿Cómo empezaron a marchar mejor las cosas, a establecerse en Australia más tranquilos?

Mis grandes ayudas vinieron de los Padres Salesianos, quienes una vez que Richard encontró una casa en un barrio que era similar a San Pablo, lleno de fábricas alrededor, nos ayudaron con todos los muebles. Nosotros no queríamos comprar muebles porque estaba todo embarcado, y no llegarían sino hasta abril y nosotros nos habíamos ido en diciembre. Los salesianos nos llevaron camas, refrigerador y todo lo necesario para empezar nuestras vidas.

¿Cómo logró dar con los Salesianos en Australia?

Eso si que fue un problema. Habíamos llegado a Australia cuando estaban de vacaciones por lo que las oficinas estaban casi todas cerradas y para dar con la dirección de los Salesianos hicimos enormes esfuerzos.

Ellos vivían en Melbourne, donde estaban la mayoría de sus obras y su Casa Inspectorial.

La barrera del idioma era un problema terrible porque el inglés de los australianos es muy distinto al que habíamos aprendido.

Pude encontrarlos gracias a que una vez, le pregunté a una recepcionista de un hotel si acaso conocía a los

Salesianos, cuando en eso llegó un tipo que era el encargado de llevar el pan al hotel y se instaló al lado del mesón mientras yo hacía mis preguntas. Oyó mi conversación y dijo: "los Salesianos, de Don Bosco, yo me eduqué ahí". Gracias a él pude ubicarlos, si no, no sé cómo lo hubiera hecho. Cuando por fin pude ubicarlos, me ofrecieron la casa de Sydney.

¿Qué sentía de tener a sus otros hijos lejos?

A un mes de llegar nosotros con Richard llegó la Lillian y al año siguiente lo hizo Henry, pero con las que se quedaron en Chile mantuve correspondencia todas las semanas. Mi hija Katy fue muy fiel y permanentemente supe de ellos, además que Raúl siempre se preocupó por cómo estaban las niñas. Teníamos amigas por medio de la Asociación de ex alumnas del Sagrado Corazón, aunque tampoco era fácil hacer de amigos en tan poco tiempo. Sin embargo, fueron tiempos muy difíciles y no podía dejar de sentir angustia por dejar a mis otros hijos acá.

También deben haber pasado apreturas, engaños...

En Australia había muchos chilenos, y muchos de ellos de la categoría nuestra, compañeras de colegio de las niñas, educadas en el Villa María, pero cada uno trataba de sobrevivir cómo podía. Uno de esos chilenos nos comentó que invertir en camiones era muy bueno y rentable allá y metió a Richard y a Carlos Moreira, mi yerno, en el negocio. Pero resultó ser que quienes tenían más recursos y eran más poderosos tomaban todos los mejores negocios y para el resto lo que sobraba y era mal pagado; esa era la única posibilidad para trabajar en los camiones. Era el trabajo más difícil y los pobres, que habían invertido toda la plata en los camiones se

quedaron sin un peso. Para salir del paso, hicimos amistad con gente vinculada al Sagrado Corazón de las Monjas Inglesas y hablamos con un abogado que nos abrió los ojos y nos dijo que aquello en lo que estábamos invirtiendo no nos iba a servir. Fue la primera decepción en Australia.

¿Cómo lograron estabilizarse en Australia, encontrar trabajo y comenzar a armar una vida más tranquila allá?

Yo fui la primera que encontré trabajo en Australia. Un día, fui a visitar a mi amiga, la señora Ciantar, a quien había conocido recién llegada a Australia. Cuando nos encontramos me dijo: "Señora Hudson, usted es precisamente la persona que estaba buscando". Ella trabajaba de secretaria en un colegio que le quedaba muy lejos de su casa y dejaba el puesto vacante. Según ella, yo era la persona indicada para ese trabajo.

En realidad, no me sentía para nada preparada, mi inglés todavía era muy débil, pero ella me dio mucha seguridad y me prometió que me ayudaría las dos primeras semanas.

Cuando llegué a mi casa con la noticia, mis hijos no lo podían creer que al día siguiente empezaba como secretaria en el colegio Saint Columba's. Mi única alternativa para entender bien el inglés era tener bien paradas las "cachativas" como yo les decía a mis hijos. No me quedaba más que estar muy atenta a todo lo que me dijeran y por supuesto, a tratar de entender.

Junto a mí, había una monjita con quien compartía la oficina. Donde había un retrato de la Madre Fundadora y todos los días, al llegar, le rezaba fervorosamente pidiéndole que me ayudara y que por favor ¡no sonara el teléfono! Eso fue lo más terrible porque si usted le dice a un australiano que no

entiende, ellos empiezan a deletrear lo que es peor. El teléfono obviamente sonaba y tenía que arreglármelas como podía, con las cachativas paradísimas.

Lo cierto es que me desempeñé bien y hasta llegué a tomar las actas de las reuniones de profesoras.

Un día una "sister" me preguntó si tenía a alguien para recomendarle, porque una monjita estaba enferma y necesitaban reemplazarla. Convoqué a la Lillian y así empezamos a trabajar las dos en el colegio. Cambié mi auto por un Ford último modelo y pudimos pasar todas las semanas al mercado a comprar nuestra mercadería.

¿Lograron tener un mejor pasar?

Luego, cuando mis hijos compraron un restaurante me aboqué de lleno a esas labores y ahí nos fue realmente bien. El restaurante lo compró el marido de la Lillian, Carlos Morerira que se empleó de cocinero junto conmigo. Pasé a ser la Madame de la cocina y como el restaurante era francés aproveché mi idioma para incorporar platos distintos a la carta.

El negocio era muy simpático, todas las mesas con sus mantelitos a cuadros rojo y blanco y las ventanas con escudos de las diferentes ciudades francesas.

Yo llegaba muy temprano en la mañana y preparaba los distintos menús.

Carlos era el chef, Richard el manager, porque sabía más inglés y la Lillian con la Tere, las waiters que atendían las mesas. Los sábados iban los niños que manejaban la máquina para lavar platos.

Era un negocio de familia, porque todos participábamos en él.

Algunas veces iban niños de los colegios con su profesor francés y pedían platos como el “Coq au Vin” o “Soup lognon” y todo el curso me llamaba para saber de dónde venía el plato, de qué región de Francia y yo empezaba a inventarles cualquier lesera para que pareciera que era una experta. Y aunque el negocio era bueno, era también muy sacrificado. Trabajaba todos los días hasta altas horas de la noche, por lo que no tenía tiempo para nada, por eso, cuando asumió en Chile el nuevo gobierno, con Pinochet, Carlos resolvió volver a Chile.

¿Pudo darse algún lujo con tanto trabajo y tanto sacrificio?

Recuerdo especialmente un viaje que organicé estando allá en Australia. Fue precioso. Pude conocer Indonesia, Filipinas, Tailandia y Japón. Eso sí que fue increíble. A su vez, la Katy y su marido, salieron de Chile para reunirse conmigo en Japón.

En ese entonces era totalmente imposible poder comunicarse puesto que nadie hablaba inglés y no había cómo entenderse con los demás. Si íbamos a un restaurante teníamos que partir a la vitrina y mostrar lo que uno quería comer, porque allá estaban todos los platos en plástico. Pedíamos lo más simple porque habían platos extrañísimos.

En Japón por ejemplo, vimos cómo se extraían las perlas de las ostras. Niñas jóvenes se metían al agua para hacer todo el ritual. También fuimos a Kyoto a ver la ceremonia del té, con geishas y todo.

Indonesia me impresionó otro tanto. Era todo tan primitivo y las mujeres tenían un rol tan secundario que daba pena. Ellas eran las que cargaban los ladrillos sobre sus cabezas para llevarlos a alguna construcción e incluso cargaban sus mercaderías, que pesaban más de 50 kilos, para ir a ofrecerlas al mercado.

¿Pudo ver a su hermano Raúl esos primeros años en Australia?

El verano del año 72, el Cardenal fue a visitarnos, aprovechando una invitación que le habían hecho los Padres Salesianos de Melbourne. Él antes había pasado por Roma y luego partió para Australia. Fue para nosotros un gran acontecimiento. Nos habíamos preparado para recibirlo cuando en eso, nos avisaron que el avión había sufrido un desperfecto y que no llegaría a la hora acordada. El problema fue que tampoco nos avisaron su nueva hora de arribo y el pobre Cardenal no encontró a ninguno de sus familiares en el aeropuerto. Entonces, nos llamó por teléfono, pero no quiso esperarnos, sino que prefirió tomar un taxi y llegar solo a la casa. Lo paseamos lo más que pudimos e invitamos a algunas personas que conocíamos y que eran de la colonia chilena y a otros australianos para que compartieran con él. Aproveché su regreso para venirme junto a él de vacaciones a Chile.

¿Qué impresión se llevó de Chile en ese viaje?

Me encontré con un Chile muy distinto al que yo había dejado. Desde luego que estando en Australia uno se acostumbra al tipo rubio y encuentras a la gente de acá muy fea. Desde el cambio de tripulación empieza esa diferencia: las azafatas australianas eran rubias, delgadas y buenas mozas, mientras que la mayor parte de las chilenas eran chiquititas, morenitas y gorditas.

Encontré a Santiago feo y sucio y a la gente vestida con ropas muy sencillas. También me sorprendió ver a la población haciendo colas para conseguir comida. Las niñas siempre reclamaban porque lo único que había era pollo. Los pobres vivían al son de encontrar algo que comer, al igual que todos acá mientras duró la UP. Si íbamos caminando y

encontrábamos una cola, allá nos poníamos. Las colas eran para todos, independiente de cualquier clase social.

Raúl las ayudó mucho. Llamaba por ejemplo a la Katy para que fuera a buscar aceite o harina a su casa.

Después de la caída de Allende, les pagué un viaje a mis hijas para que fueran a Australia y nos reuniéramos todos.

Su espíritu aventurero permanece hasta hoy. En una de sus vacaciones a Chile salió a mochilera con sus nietas. ¿Cómo fue esa experiencia?

Yo había viajado mucho, conocía muchos países pero no conocía Chile entonces un verano en que vine de vacaciones a Chile conté que tenía ganas de hacer un viaje al norte y ahí mis nietas se entusiasmaron con mi idea y se colgaron a mi viaje. Con la Ximena y la Soledad, que eran las hijas de la Katy, planeamos el recorrido. Sabíamos que íbamos a tener alojamiento en Arica, donde había un pariente y otro en Chuquicamata donde unos conocidos.

El primer día llegamos en bus hasta Chuquicamata, donde nos quedamos una semana, para conocer la mina, las termas de Mamiña y el valle de la Luna. De ahí seguimos con rumbo a Arica,

Hicimos sólo dos paradas, y ahí aprovechamos de realizar los paseos que podíamos. Nos movíamos a puro dedo, ellas se ponían en la carretera un poco más adelante que yo y yo atrasito. Como eran chiquillas buenas mozas, al tiro les paraban los autos y detrás aparecía yo. Mis nietas decían que yo era la abuela y que me tenían que llevar.

Nos llevaban autos, buenos autos, con chiquillos que veían a estas chiquillas bonitas hasta que aparecía yo, que no

las dejaba en ninguna parte solas porque me sentía responsable de ellas. Cuando hacíamos dedo, la gente se extrañaba pero las niñitas decían “es mi abuela y tienen que llevarla también”.

¿Dónde las acompañaba en esas salidas?

Recuerdo otro mochileo, pero al sur, a Bariloche, que tuve con otras nietas, la Claudia y la Verónica. Las dos estaban pololeando, pero una de ellas, tenía un pololeo más libre y le hacía fiesta a todos los que se le acercaran. La Claudia en cambio, tenía un pololeo más serio con el que hoy es su marido, por eso ella se cuidaba más y era más seria y cautelosa.

La cosa es que cuando estábamos en Bariloche me dijeron que querían ir a bailar. Se habían arreglado para ir a una discoteque y me dijeron “naná hoy vamos a ir a esta discoteque y va a ir no se quién a buscarnos” y yo les dije que iba a ir con ellas, y las pobres me respondieron “pero cómo naná vas a ir con nosotros, por qué”. Yo les respondí que yo iba no más, pero que no iba a hacer nada, sólo acompañarlas.

Los chiquillos que las fueron a buscar, las querían llevar a una discoteque que era muy famosa en el lugar y que mis nietas querían conocer. Cuando aparecieron estos niños a buscarlas ellas dijeron: “la naná va a ir con nosotras”. Obviamente que a ellos no les gustó mucho la idea y les preguntaban que por qué yo los iba a acompañar, pero en fin, yo me sentía responsable de las niñitas y no pensaba dejarlas solas.

¿Qué le pareció el lugar?

Era un lugar pero terrible, terrible, oscuro, las chiquillas todas pintadas, la música fuertísima. Y estas chiquillas, mis nietas bailaban como perinola. Les ponían unas luces y ellas

fascinadas se movían a más no poder, encantadas de la vida. La Verónica era una loca desatada, la Claudia no tanto, porque ella prefería no exponerse.

¿Qué hizo usted todo ese rato?

Yo mientras tanto me quedé sentada mirándolas y parecía como si me fueran a reventar la cabeza, porque yo no había ido jamás a una boite como esa. Mientras cumplía mis funciones de cuidadora de mis nietas, rezaba, porque yo pensaba "Mira Señor aquí nadie se acuerda de tí, pues yo me voy a acordar de ti y yo rezaba". Ellas estuvieron todo el tiempo que quisieron y nos fuimos.

¿Cómo recibió desde Australia la noticia del Golpe Militar?

Yo no tuve los detalles del Golpe porque estaba viviendo fuera. Sólo al día siguiente de los hechos vi por TV como ardía La Moneda. Recuerdo que me junté con mis hijos para saber las noticias u oír qué era lo que había pasado. Por mi hermano Raúl también tuvimos novedades sobre lo que estaba ocurriendo acá.

¿Qué le contaba su hermano Raúl sobre la situación acá en Chile?

En ese entonces, la única forma que tenía para comunicarme con mi hermano Raúl era por medio de cartas, porque a él le interceptaron todo- mientras estuvo como Cardenal cuando estaba al mando Pinochet- toda la correspondencia. De hecho, una vez un caballero que fue a ver a Raúl a su casa, y quiso hacer una llamada y al levantar el teléfono le comentó a Raúl: "este teléfono está intervenido, es lo mismo que pasaba en la guerra en tiempos de Hitler". Raúl lo sabía, pero lo tomaba con mucha calma.

Cuando nosotros le escribíamos teníamos mucho cuidado. Nunca se decía nada comprometedor en las cartas, eran lo más camufladas que uno se pudiera imaginar. Los porotos verdes eran los dólares, y le decíamos a Raúl: "Te mandamos unos porotos verdes que te van a llegar el día tanto..." y eso eran dólares.

También le abrían las cartas a la familia del Cardenal. Por eso yo temía por mis hijas y por eso ellas me escribían a mí todo camuflado, las cartas eran verdaderos enigmas.

La correspondencia sólo podía mandármelas Raúl cuando él salía de Chile y se iba a Estados Unidos. Aprovechaba esos viajes también, para poder llamarme por teléfono.

Cuando podíamos hablar por teléfono, eran tantas cosas sobre las que queríamos conversar, sobre la familia, sobre mi vida lejos por lo que no profundizábamos mucho en la política, aunque obviamente me describía cómo era el panorama que se vivía en el país. Además, él nunca hablaba ni comentaba mucho de sus cosas.

¿Conoció sobre cómo fue la relación del Cardenal con Pinochet?

Raúl pudo haber estado amenazado de muerte, pero nunca nos contó.

Para el primer Tedeum en que participó el Cardenal con Pinochet, Raúl se puso las vestimentas de duelo. Nadie del Gobierno lo notó excepto los otros religiosos que sabían que esas eran las vestimentas de duelo, lo que manifestaba la oposición de mi hermano al régimen.

Aunque yo de la relación de ellos dos no puedo decir mucho, porque no lo viví, ya que estaba afuera. Lo que sí sé es que la relación de ambos fue mala desde el primer día, pero

la que más aleonaba las cosas era la Señora Lucía, que no podía ver al Cardenal, porque lo veían como el freno que tenían para imponerse totalmente. Cada vez que Raúl salía del país. Por ejemplo, cuando mi hermano viajaba a Roma, ella le decía a Pinochet. “déjalo fuera, por qué lo dejas entrar, déjalo fuera, no lo quiero ver al Cardenal” Sin embargo, las respuestas de Pinochet era que no podía hacer eso, porque la mitad del país y Estados Unidos se le iban a tirar encima.

Esas cosas nosotros las sabíamos por las copuchas, que le contaban a Raúl y obviamente con eso Raúl menos quería a Pinochet y los militares.

¿Hubo divisiones en su familia producto de los distintos pensamientos políticos?

Mi familia siempre tuvo un pensamiento político hacia lo social y enfocado a los pobres, contrario a lo que muchos pudieran pensar que pertenecíamos a una derecha más conservadora.

Mi padre también tenía mucha conciencia social, y siempre miramos las cosas de una manera cristiana. En el entorno en el que nosotros nos desenvolvíamos, y al ser una familia tan grande como la mía, obviamente había de todo. Lógicamente que existían muchos terriblemente pinochetistas, otros estaban con el Cardenal ya que veían los sufrimientos del pueblo.

Estábamos divididos, por eso nunca en las reuniones familiares se habló de política. Pero no significaba que la política fuera un tema de división de la familia, sino que no se hablaba. Cada uno era dueño de su manera de ser y de su opinión.

¿Pudo visitar Chile durante el Golpe?

Vine a Chile de vacaciones mientras Pinochet estaba al mando y lo que más me impactó fueron los toques de queda. Muchas veces estábamos cenando donde Raúl y debimos interrumpir la comida, pararnos de la mesa e irnos, puesto que las doce de la noche era la hora en la que uno ya debía estar acuartelado en sus hogares.

¿Cuándo resolvió que ya era hora de volver a Chile?

De a poco mis hijos comenzaron a regresar al país. Llevaba yo doce años fuera y fue la vuelta de la Lilliañ y de Richard la que me hizo pensar que tenía que resolver si me quedaba definitivamente en Australia o me volvía a Chile. Como había perdido mi casa de Santiago busqué en Sydney algo dónde vivir, pero cuando lo supieron mis hijas se opusieron tenazmente al igual que Raúl, que tampoco lo aprobó. Entonces empecé a mirar a Chile como una oportunidad para asentarme. El primer acercamiento lo tuve mientras acompañé a mi hija Lily, que ya estaba instalada acá, en su fundo de Parga, cerca de Puerto Montt.

Ese fundo de Parga significó mucho para usted, porque ahí comenzó a echar raíces nuevamente en Chile... ¿Cómo fue eso?

Ese fundo había sido recuperado por mi yerno, Carlos Moreira, por lo tanto, fue una aventura volver a él. Era un lugar con mucha historia y mucha importancia para su familia, porque la hacienda había sido comprada por la sucesión Moreira en 1957. Antiguamente se llamaba "Compañía Carbonífera Parga", una sociedad que explotaba el carbón de piedra. Con el tiempo, el carbón dejó de ser un buen negocio y el fundo se

dedicó a la agricultura, con gran producción de quesos y mantequilla. Sin embargo, en el año 65 se desahució a los empleados y se paralizaron los trabajos dado que el maremoto de años atrás había destruido mucho el lugar.

Cuando los Moreira volvieron de Australia y tras recuperar el fundo hubo otro problema: el antiguo mayordomo se sentía dueño del lugar y se negaba a dejarlo, y hablaba de una indemnización que según él era cercano al millón y medio de pesos de aquel entonces.

El lugar era bastante rústico: la casa era abastecida de agua por medio de una noria, la luz eléctrica llegaba por un motorcito y el calefón del baño funcionaba con un motor a leña, y aunque la casa contaba con esos servicios, desaparecieron todos una vez que el mayordomo supo que nos instalaríamos allá.

Carlos nos había advertido que no tendríamos muchas comodidades, por eso viajamos en un primer momento en una casa rodante, que nos sirvió de hogar en las distintas paradas que hicimos hasta llegar a Puerto Montt.

Sin embargo, llegar al fundo fue toda una travesía. En todas partes que parábamos la casita rodante atraía las miradas, pero al llegar a Puerto Montt fue mucho más notorio. La gente que esperaba micro en los paraderos nos miraba con la boca abierta. Al detenernos en Los Muermos, un grupo de niños se nos acercó a preguntarnos si éramos un circo.

Cuando logramos entrar al fundo nos dimos cuenta que iba a ser difícil avanzar, porque estaba lleno de charcos. En eso nos dimos cuenta que nuestra casita rodante no iba a poder seguir el viaje, por lo malo del camino. Fue gracias a un chilote, del que nos hicimos amigos y que nos facilitó una carreta y nos guardó la casita, que pudimos continuar el viaje.

Nos organizamos para que Cucho y Pancho, mis nietos se adelantaran en una moto y llevaran una pala por si nos quedábamos pegados. El jeep iba cargado de colchones plásticos, la carreta iba llena de comestibles y nosotros, apretados como podíamos dentro del auto seguimos el viaje.

Era una mezcla de felicidad y susto, de nervios y alegría y así íbamos pasando charcos, subiendo cuestras y remeciendo los palos puestos como puentes. Trepamos rocas y cruzábamos los esteros que corrían por el camino. Cuando las pasadas eran espectaculares, yo me bajaba y las filmaba mientras el jeep, apenas, pasaba...

Hasta que lograron llegar...

Fueron 3 horas de peripecias hasta que llegamos a un esterito y en eso Carlos dijo: "Este es el río Cuevas y la entrada al fundo", ¡qué emoción!, yo gritaba y sacaba pañuelos cuando vi aparecer la primera casita de inquilinos.

La gente nos miraba extrañada. Nunca había entrado un vehículo con motor al fundo.

No había tiempo que perder, teníamos que instalarnos con camas y petacas. Fue toda una empresa: haciendo el aseo, pintando, instalando vidrios y poniendo plantas. Incluso tapizamos los muebles, hicimos una noria e instalamos un baño.

Lo grave fue sacar al mayordomo, al que por más de un mes tuvimos encima de nosotros. Para que se fuera fue necesario un pleito y debimos llamar a la fuerza pública y por fin, con todos los trámites legales cumplidos, el 27 de febrero llegó el actuario de Maullín y sacaron al mayordomo.

Mi vida ese verano fue completamente distinta al ritmo que tenía en Australia. El campo era un lugar completamente

apartado y no había más ruido que el canto de los grillos en las noches. Los atardeceres en la playa solitaria y la selva con árboles que se empinaban hasta el cielo con olorcito a canelo me maravillaron y me pareció que podría haber vivido por siempre ahí.

¿Pero llegó la hora de volver a Australia?

Debí salir rumbo a Australia, porque mi visa había caducado. Lo único que hice en mi regreso fue rezar mucho y pedirle al Señor que me indicara su voluntad y tal como se dieron las cosas me convencí que debía volver.

¿Por qué decidió nacionalizarse australiana?

Yo me nacionalicé australiana porque, cuando vivía acá en Chile tenía una casa, que era la que habíamos comprado con mi marido por medio de la caja de empleados particulares. Esta casa estaba en Providencia, en la calle El Vergel esquina de Los Leones y ya estaba pagada cuando mi marido murió y por lo tanto, era el único bien que me quedaba. Había decidido arrendarla mientras yo estaba en Australia, lo que me daba una renta que me permitía vivir bien allá en Australia.

Mi yerno, que tenía un poder para recibir el arriendo determinó venderla, porque el arrendatario muchas veces no cumplió con los pagos, pero como era la época de Allende, las cosas no valían nada por lo que le pagaron ¡300 mil escudos!, lo que obviamente no era absolutamente nada de plata. Eso significaba 15 mil dólares que me llegaron a mí a Australia y con ese dinero no podía comprar ni siquiera una pieza y eso que mi casa era espectacular, una casa regia hecha por un constructor muy conocido.

Guardaba de esa casa los mejores recuerdos porque ahí se habían casado mis hijas, ahí murió mi marido y en fin, muchos de mis recuerdos vienen de cuando vivía allí.

En el fondo, la vendieron porque acá nadie quería hacerse cargo de ella y de todo el desgaste que significaba pelear con el arrendatario para que pagara todos los meses. El mismo Raúl consideró que había que salvar algo y por eso la vendieron en 300 mil escudos..

Yo pensé que si venía a Chile, porque los niños, estaban deseosos de volver, no iba a tener nada con qué vivir, en cambio si me hacía australiana iba a tener una pensión que era bastante buena.

Yo cumplía con todos los requisitos, como la cantidad de años de residencia, porque estuve allá por 12 años, pero si hubiera estado 25 años hubiera tenido una pensión mucho más grande, pero nadie me lo dijo.

¿No le dolió perder la nacionalidad chilena?

No me dolió en absoluto. A mí me hizo cosquillas.

La pensión la mantengo hasta ahora, me dan 600 dólares todos los meses. Si fuera chilena no me darían nada, la pensión que me dan por mi marido me alcanza sólo para los gastos comunes y es muy poca plata.



VIII

Una nueva vida al lado de Raúl

¿Cuál fue el motivo puntual de su regreso a Chile, a su país?

Mi hermano Raúl me escribió una carta convidándome a que lo acompañara, ya que llegaba el momento de su jubilación como Arzobispo de Santiago. Mis hijos ya se habían venido y sólo quedaba allá Henry y su familia, porque sus hijos se habían casado con australianos.

Me pareció que era la oportunidad de servir a mi hermano y aunque me costó mucho dejar Australia, donde la vida me gustaba y había hecho de muy buenas amigas, liquidé todo y me volví a Chile.

¿Le costó tomar la decisión?

Me costó muchísimo. Cuesta, y aunque uno no quiera, uno se apega a cada cosa que logra juntar. En un principio volví a un departamento que había comprado en la calle Hamburgo, pero me sentí desenchufada de todo, sola y un poco ajena a lo que me rodeaba.

Eso sí que luego, cuando me trasladé a la casa de mi hermano y asumí la dirección de ella empecé a sentirme útil,

pero siempre hubo un vacío en mí que no sabía cómo llenar. Sin embargo, de a poco, cuando me fui a vivir con Raúl a la casa de Los Pescadores, empecé a llenar el tiempo y me convertí en la dueña de casa acompañando a mi hermano por 14 años.

¿Mantuvo costumbres de su casa de niña mientras compartió con su hermano Raúl?

Las costumbres de mi casa que manteníamos viviendo en Los Pescadores era el hecho que a él le gustaba tener siempre lleno de gente.

La rutina consistía en tener todos los días, ocho o nueve personas a almorzar y la misma cantidad para comer. Él se desesperaba cuando por algún motivo alguien anunciaba que no podía ir porque él necesitaba ver a su alrededor mucha gente, si no empezaba al tiro a decir "estoy solo".

¿Lo encontró con muchas mañas?

Aunque habíamos perdido hábito de convivir por muchos años, él siempre fue una muy buena persona, alguien agradable a quien le gustaba mucho estar en la casa. Jamás dispuso ninguna de las cosas, sino que me decía, "usted es la dueña de casa" y yo ordenaba todo.

En la casa del Cardenal nunca tuvimos roces, era muy agradable en su manera de vivir... habría sido un marido ideal porque tenía un muy buen carácter, era una persona fácil.

¿Cuáles eran las rutinas diarias en la casa de Los Pescadores?

Yo me levantaba antes que él y me iba a la capilla a rezar. A las ocho se levantaba él y hacía su misa en la que

participábamos él y yo. Sólo ocasionalmente asistían más personas.

¿Cómo eran esas misas?

Eran misas muy íntimas, los dos en la capilla acompañados del Santísimo.

Al último él ya se confundía con el misal entonces yo llamé a un padre Salesiano y le dije. “Explíqueme usted el misal y dígame cómo es la misa”, esto, sin que mi hermano supiera. Entonces llegó el padre y me explicó que había que rezar aquí, acá. Era todo un enredo porque primero te vas para adelante, luego vuelves para atrás, y después a otra página, o sea, un caos. Él me lo enseñó todo. Para mí fue chino eso, porque lo encontré tan complicado, pero llegué a la casa con la idea de lo que él me había explicado, así es que pesqué el misal y empecé a estudiarlo.

Al misal le puse una cintita de un color y le decía a Raúl: “Raúl, la blanquita y él se iba a la página de la cinta blanquita” después “Raúl, ahora la coloradita” y así. Haciendo la misa a cuatro manos, entre los dos. Él no se daba cuenta de estos lapsus. De ahí tomábamos desayuno juntos; después yo me iba al taller y él subía al escritorio, donde leía el diario, revisaba correspondencia. Tenía una secretaria que lo ayudaba con ella. Después se iba a los colegios a confesar. Llegaba a las doce y en la tarde después que se iba la secretaria, yo me ponía a tejer y lo acompañaba.

¿Era de mucha vida social?

No, tenía poca vida social de salir, no era él el que iba, sino que recibía todos los días y se hacía una lista. Tal día venían los vicarios, otro día los párrocos.

Yo me sentí la dueña de casa porque él me dio ese atributo, yo tenía que mandar y enseñarle el respeto por el Cardenal a las empleadas. Él era el Cardenal y había que atenderlo a él y todo eso se hizo y se atendió muy bien. Pero para mí, primero que todo era mi hermano y después el Cardenal.

Siendo que le gustaba tanto estar acompañado, ¿Cómo se las arreglaban con las comidas, que deben haber sido muy grandes?

En la casa de Raúl se comía muy bien, eso era un gusto adquirido desde mi casa... yo me preocupaba tremendamente de la comida y tenía una chica muy dócil que me ayudaba y que hacía lo que yo le decía para no hacerse responsable si es que la comida fracasaba o no era del gusto de mi hermano.

Una vez recuerdo que iban a ir los padres jesuitas a almorzar y por algún motivo se empezaron a excusar que no podían ir. Llegó solamente el padre Poblete, entonces en la mesa estábamos sentados Raúl, el padre Poblete y yo, y Raúl decía "estoy solo", entonces yo respondía: "Padre, menos mal que tengo un compañero, porque yo aquí paso a ser ánima."

No le gustaba comer solo, siempre con la mesa llena. Eso era lo único por lo que discutíamos un poco. Yo le decía que venían ocho personas y él me decía "ocho personas no es tanto". Tuve que sacarle un larguero a la mesa, para engañarlo un poco y para que así se viera la mesa más junta y la gente más apretada. Yo encontraba que ocho personas era suficiente.

Ocho personas al almuerzo, ocho en la noche, siempre tenía que haber gente. No sé por qué pero no le gustaba estar solo.

¿Recuerda cómo eran sus vacaciones mientras vivía con él?

Mientras vivía con el Cardenal yo lo acompañaba donde él quería ir para las vacaciones, cerca de La Serena. Él determinaba que eran las vacaciones mías, porque según él, yo necesitaba descansar, pero al lugar que íbamos de vacaciones inmediatamente empezaba a buscar conocidos para que fueran a almorzar con él.

¿Cómo celebraba sus cumpleaños?

Los cumpleaños de él eran una fiesta tremenda. Teníamos que tener 25 personas en la mañana y 25 al almuerzo, porque eso era el número que daba la mesa. En la tarde eran los familiares.

Él me decía tiene que venir tal y cual persona y él disponía cómo iba a estar sentado cada uno de los invitados.

Había un protocolo para servir. Primero había que servirlo a él, en seguida al que estaba al frente de él, después el que estaba a la derecha de él, después a la izquierda de él y así se iba.

Las niñas que trabajaban con nosotros aprendieron eso muy bien. Se ponía el plato por una parte y después se retiraba por otra, no como ahora...

Ese protocolo lo exigía yo y siempre me preocupé que funcionara perfecto. Yo con los ojos manejaba a las chiquillas y así controlaba todo el panorama.

Para las fechas de su cumpleaños, se hacía un almuerzo especial, lo que siempre nos agradecía. Una entrada dispuesta antes que se sentaran los comensales y de fondo, unos pollitos chicos al jugo, si no, habían ostras.

El postre no podía ser fruta porque según Raúl, la fruta no era postre. Él exigía "postre de cocina" como lo llamaba, por eso hacíamos confites, jaleas y todas muy bien presentadas.

En la noche era el turno de los hermanos y parientes, donde era todo más distendido y más relajado.

¿Cómo era la relación de Raúl con sus hijos?

Mire, yo a mis hijos los dejé a un lado por atenderlo a él, porque no había tiempo, la casa demandaba mucho trabajo.

Había que abastecer la casa de todas las cosas puesto que las empleadas no salían a comprar sino que era yo la que tenía que ir. Yo tenía auto e iba al matadero, a la Vega y compraba todo al por mayor para hacerlo más barato.

Mis hijos me cobraban un poco de sentimientos, pero yo les decía que tenía que hacerlo.

Ellos iban a verme pero cuando había un espacio para que fueran ellos, puesto que si estaba la casa llena no podía recibirlos.

¿Cuáles eran los inconvenientes de vivir en la casa del Cardenal?

El grave problema estaba en la puerta de nuestra casa. Cada día llegaba mucha gente a pedir plata. Como era una época de crisis, llegaban con sus cuentas de luz y agua a pedirles que se las pagáramos y Raúl recogía y recogía papelitos y después mandaba cheques. La plata salía de su propio bolsillo.

Ir a pedir dinero a la casa del Cardenal se transformó en un hábito para mucha gente, entonces se corría la voz de que el Cardenal daba plata y así cada día aparecía más gente,

que estaban a veces esperando desde las diez de la mañana y cuando él llegaba de vuelta, porque él iba a atender a los niños de los colegios, al Seminario, al Luis Campino y al Saint Gaspar, estaban muchas las mujeres esperándolo.

¿Le molestó eso?

A mí personalmente me molestaba. Llegar con el auto lleno de carne y verduras y pasar delante de esas pobres me dolía, por eso deseaba que se fueran.

Aunque no me metí ni nunca dije nada, le propuse a Raúl que hiciéramos una cosa: le dije que le diéramos trabajo a esa gente, que yo misma les enseñaría a tejer y a coser.

Y fue así como nacieron "Las arañitas de Jesús"...

Claro. Formamos un taller al que llamamos "Las arañitas de Jesús".

Un día supe que el salón parroquial de la iglesia Santo Domingo de Guzmán estaba desocupado y fue así como le propuse al Cardenal reunir a las mujeres allá, donde yo les enseñaría a trabajar, a condición que él dejara de darles limosna, porque de otra forma, nadie iba a querer trabajar.

Muchas de las mujeres que aparecían todos los días por la casa de Los Pescadores se enojaron, otras me mostraban sus manos tiritonas llenas de artritis y me decían que no iban a poder trabajar. Yo les decía que el Cardenal no podía darles plata porque sus fondos no le daban para eso. Pero que las invitaba a trabajar. Al principio no quería nadie, pero después se fueron convenciendo y recluté a algunas y formamos el taller donde empecé a enseñarles a tejer. Al principio eran dos o tres y luego aumentamos y llegamos a tener 45 personas.

Hicimos chalecos para guaguas, todos tejidos y muy lindos. Yo me encargaba de buscar en los catálogos los modelos que iban a usarse y de ahí copiábamos ideas para luego confeccionar nosotras mismas esas ropas.

¿Cómo les fue con el taller?

Las alumnas del taller cada vez fueron haciendo mejor las cosas que les enseñé. De hecho logré exportar algunos chalequitos, que mandé a Estados Unidos y a Europa gracias a contactos que pude hacer con empresas extranjeras.

La plata para los materiales y los palillos me las conseguí yo. Nos regalaron tres máquinas de coser y lo demás lo ponía yo de mi propio peculio. Poco a poco con lo que se vendía volvíamos a comprar materiales. También le vendía a mucha gente conocida y les metía y les metía chalecos y así íbamos vendiendo y lograba pagarles el sueldo a las trabajadoras.

Con eso dejó de haber gente pidiendo plata en la puerta de la casa del Cardenal

¿Cuáles fueron las mayores satisfacciones que le dejó el taller de las arañitas?

Pude reunir la plata para pagarles su sueldo, darles alimento e incluso pudimos con la ayuda de Reinaldo Sapag construir tres casas para tres familias con problemas graves de vivienda. A otras pudimos arreglarles sus mediaguas y siempre mantuvimos el entusiasmo y esfuerzo por conseguirles a otras una mejor habitación y calidad de vida.

¿Qué pasó con las arañitas de Jesús?

El taller se acabó porque hubo mucha competencia con los tejidos que llegaron de Europa y de China y para nosotros

era imposible competir a tan bajos precios. Además, había llegado a un stock espantoso y muchas de las cosas que hacíamos no las pude vender.

Las arañitas duraron como 6 ó 7 años y cuando decidí terminar les dije a cada una de las trabajadoras que me dijeran que era lo que iban a necesitar para comenzar a trabajar de forma independiente. Gracias al capital que había juntado, pude comprarles lo que me pidieron. Unas requerían máquinas de coser, otras de tejer y así las dejé instaladas para que comenzaran con su trabajo de manera independiente.

¿Sigue en contacto con ellas?

Ahora las veo una vez al año y de ellas hay por lo menos tres que se profesionalizaron, que tienen sus talleres en sus casas y que han surgido. Algunas hasta tienen auto y de haber sido mendigas pidiendo en la puerta de mi casa ahora tienen una verdadera industria.

¿Cómo continúan sus años viviendo en compañía del Cardenal?

Estuve viviendo con Raúl hasta que la Iglesia determinó que debía irse a vivir con los Salesianos, porque según el derecho canónico, los religiosos que salían de una congregación para servir en ciertos puestos terminado su plazo debían volver a su congregación. Él volvió a vivir a la casa de los curitas viejos, que se llamaba "Casa de Salud".

¿Qué significó para usted dejarlo?

Fue tremendamente difícil, pero el Arzobispado lo exigió porque ellos ya no querían pagar más los gastos que

generaba la casa de Los Pescadores. Se tenía que costear a las empleadas, que eran 3: una para las comidas, otra para el servicio y otra que lavaba la ropa.

Como el dinero lo ponía el Arzobispado, dijeron que para mantener a una sola persona, era demasiado gasto y eso significó que Raúl tuviera que irse a vivir a la Casa de Salud.

¿Cómo le comunicaron al Cardenal que debía abandonar su casa en Los Pescadores?

Nadie se atrevía a comunicarle la noticia. El problema era cómo sacarlo de su casa, él ya estaba acostumbrado a ese estilo de vida y llevarlo a la Casa de Salud iba a significar un cambio tremendo para él.

Yo fui a conocer la Casa de Salud con el médico que lo trataba, el doctor Guzmán para ver cómo se iba a arreglar una vez que Raúl se fuera a vivir para allá.

Hablé con una persona que era de mi entera confianza y le dije que había que trasladar la cama del Cardenal una vez que él saliera. Eso fue a las diez de la mañana y ya para las doce tenía que estar todo instalado en ese nuevo lugar de la misma forma en como estaba dispuesto en la casa de Los Pescadores cosa que él no extrañara su antigua pieza.

Le asignaron dos habitaciones. Una era su dormitorio, que tenía un baño y en la otra, arreglamos un saloncito en el que pusimos todos sus muebles.

Todo el traslado lo hicimos en dos horas, sin que el Cardenal lo pudiera advertir.

¿Qué pasó cuando el Cardenal llegó a su casa y vio que no estaban sus cosas?

Cuando el Cardenal llegó a la casa y vio que no había nada yo le dije: “Mira, los Salesianos te convidan a pasar unos días a la Casa de Salud ¿te gustaría ir?, el doctor cree que un cambio te haría muy bien? “Bueno” me respondió. Pasó al baño y de ahí nos trasladamos.

Salimos de la casa, yo con una pena negra, porque me sentía que lo estaba engañando, algo tremendo, impresionante. Me tomó del brazo y recuerdo que afuera de la casa había una mujer con su guaguüita en brazos. Raúl acarició al niño y nos fuimos, él en su auto con otro curita y yo en otro, con uno de mis nietos que me acompañó. Antes de llegar a Lo Cañas, dimos un pequeño paseito por Macul.

¿Cómo lo recibieron al llegar?

Yo les pedí a todos que no le hicieran ningún recibimiento especial para que él no notara algo raro, pero era imposible. Todos los viejos sacerdotes estaban felices de que llegara el Cardenal y no hubo quién los atajara, todos estaban en fila esperándolo y así se dio cuenta de que algo raro pasaba, porque estaban todos alrededor de él.

Cuando llegué allá Raúl dijo: “quién determinó esto” y me mira a mí con los ojos fijos. Yo casi me morí porque me miraba como culpándome, porque ya se había dado cuenta que lo estábamos sacando de su casa. Yo le dije Raúl, si tú no quieres, nos vamos para la casa y ahí el me dice “ven a buscarme mañana”, bueno, le dije yo, mañana te paso a buscar. Ahí lo dejamos con enfermera, su silla, todas sus cosas. Él en su casa era un personaje, todo giraba en torno a él, allá era un viejo más.

¿Y qué pasó al día siguiente?

Al día siguiente llegué yo allá y me dije “esto no va a resultar” y pensé que íbamos a tener que trasladar todas sus cosas de nuevo para su casa. Cuando nos encontramos él me dijo “mañana, vuelve mañana” y por tres días me dijo lo mismo y después ya no me lo dijo más. Se acostumbró.

¿Cuánto tiempo permaneció en la Casa de Salud?

Duró dos años en la casa de salud, luego lo pescó una bronconeumonía y los médicos determinaron que había que ponerle sonda. Tenía una infección permanente en los pulmones y me dijeron que yo tenía que determinar si había que ponerle la sonda. Lo que yo quería era que no lo mantuvieran artificialmente.

¿Qué pasó con usted que de un momento a otro volvió quedarse sola?

Yo quedaba totalmente cesante, tenía que entregar la casa cuanto antes. Yo no sabía donde me iba a ir. La Florence me ofreció su casa y yo le dije que yo no quería vivir con ninguno de mis hijos porque no me iba a acostumbrar, quería ser independiente. Richard dijo “a la mamá hay que arrendarle un departamento y nosotros se lo vamos a pagar” y empezamos a buscar un departamento. Cada uno de mis hijos se comprometió a darme plata y con eso me pagarían un departamento. Yo quería cerca de los jesuitas y encontré un departamento en calle Marcel Duhat, próximo al Colegio San Ignacio de Avenida Pocuro.

¿Cuáles eran las condiciones de salud de su hermano en ese tiempo?

En ese lapso volaban con él para la clínica y a mí ni me avisaban. Más de una vez llegaba yo a verlo y no lo encontraba y era porque estaba en la clínica.

Cada vez que debía internarse en la clínica lo único que me pedía era que lo sacara de ahí. Yo le decía que lo iba a sacar, pero que primero debía hablar con los doctores, a los que les planteé la idea de llevarlo a su casa con una enfermera a cargo. Es que el pobre no podía ver los hospitales.

¿Cómo vivió sus últimos momentos?

Tuvo una bronconeumia que duró una semana. Yo ahí me trasladé a vivir con él, incluso me fui a alojar allá. Los Salesianos me permitieron acompañarlo y hasta el último día de Raúl me dejaron allá.

Raúl murió en el sueño, cada vez respiraba un poquito menos, menos y menos.

Yo no estuve en el momento en que murió. Justo había ido un médico y estaban mis hijas conmigo. Ellas me dijeron que saliera un rato de la pieza y que fuera a almorzar, que ellas se iban a quedar acompañando a Raúl y que en caso de cualquier cosa me iban a avisar al comedor de la Casa de Salud. Me fui con el médico al comedor para complacer a mis hijas que me veían todo el rato ahí agotada. Junto a ellas también estaban en la pieza en esos momentos Iván Radovic y Reinaldo Sapag.

La Florence le puso música, rezaron al lado de él y murió en el sueño siendo las 13:45 del 9 de abril de 1999.

¿Comunicaron inmediatamente la noticia al país?

A Raúl se lo llevaron para acondicionarle el cuerpo, porque tenían que velarlo por dos días. Le sacaron el intestino, los pulmones porque es lo primero que se descompone y todo eso se hizo sin que nadie supiera para evitar el acoso de los reporteros.

Hasta ese momento era todo secreto, no se dijo nada que había muerto. Lo sacaron por otra puerta, lo llevaron a la clínica donde le hicieron este acondicionamiento y volvieron con él a la casa, donde el doctor comunicó que el Cardenal había fallecido.

¿Qué recuerdos guarda de su funeral y de la manera en que el país lo despidió?

Salieron con los restos de él hacia la Iglesia de la Gratitude Nacional que es la principal Iglesia de los Salesianos. Se juntó la gente en la calle, todo el pueblo con pañuelos en la mano para verlo pasar. Delante mío iba el féretro y en el primer auto iba yo.

El ver que había tanta gente que lo quería consoló un poco mi pena. Yo tenía que volver a mi casa y casi no podía entrar porque estaba llena de gente. Todos querían tocarme porque yo era la hermana del Cardenal. Yo me impresioné por todo el cariño a él y lo único que quería era pasar desapercibida.

Una vez que partió el Cardenal, ¿Cómo llenó su vida nuevamente?

Después de vivir en Marcel Duhaut me cambié a donde vivo actualmente, en la calle El Vergel. En un primer momento la idea de arreglar el departamento me agradó, puse las cosas a mi gusto, y tuve independencia, pero cambió mi rutina completamente y como tenía mucho más tiempo libre, empecé a tomar clases de guitarra, cerámica y artesanías.



IX

... que 95 años no son nada !

¿Cómo llenó su vida una vez que su hermano murió?

Quedé completamente desocupada después que salí de la casa de Raúl y entonces empecé a formar mi vida de nuevo. Yo quería trabajar en el Hogar de Cristo, pero como quedaba tan lejos mi nieto Cucho⁽¹⁾, que es jesuita y ahora es el Capellán del Hogar me dijo que me iba a buscar algo cerca y fue así como empecé a trabajar con el centro abierto santa Bernardita que atiende a viejos. Yo no quería ni enfermos ni moribundos, sino otra cosa que fuera más alentadora y así me fui con los abuelitos. La señora que trabajaba en el lugar me comentó que lo que necesitaban era una persona que cantara y tocara la guitarra y aunque no sabía tocar, sí podía aprender, tomando clases que mantengo hasta el día de hoy, porque no puedo dejar a los abuelitos botados.

(1) Se refiere al padre Agustín Moreira, hijo de Lillian Hudson y de Carlos Moreira. (Nota del Editor).

¿Descubrió muchos talentos ocultos que antes desconocía?

Yo no tenía idea que tenía facilidades para pintar ni para dibujar y de repente descubrí que podía hacer cosas. El día lunes tengo clases de porcelana y mis amigas vienen acá a hacer clases, lo cual a mí me simplifica mucho porque no tengo que andar acarreando cosas, siempre el acarreo es una historia porque ya me cuesta más trasladarme, entonces ellas vienen para acá después de almuerzo. El día martes viene un profesor de guitarra como a las doce y los jueves tengo clases de pintura sobre madera.

Todos mis días están ocupadísimos, pero cada vez se me está poniendo todo más nublado. Siempre tengo mucha gente, pero ahora me canso mucho y estoy suprimiendo un poco las visitas.

La veta social la mantiene hasta hoy... ¿Qué significan para usted la Aldea de Niños de Punta de Tralca?

La Aldea es una de las obras más importantes que inició Raúl y mi idea de participar como directora en ella, hasta el día de hoy, se debe fundamentalmente a la imperiosa necesidad de poder seguir manteniendo el espíritu de mi hermano en esta obra de amor y que esa iniciativa, que es tan importante y que ayuda a tantos niños no se diluya, sino que se siga trabajando para ella con entusiasmo y fe. A cargo de la presidencia está don Rodolfo Valdés y la Vicepresidencia Ejecutiva don Reinaldo Sapag, dos personas que siempre estuvieron muy cercanas a don Raúl desde los inicios de la Aldea.

¿Cómo surgió la idea de fundar una Aldea en Punta de Tralca?

El origen hay que buscarlo en las Aldeas S.O.S. Ese proyecto había nacido en Austria como consecuencia de la

Segunda Guerra Mundial. Un coronel del ejército austríaco el doctor Hermann Gmeiner se percató de la gran cantidad de niños huérfanos a raíz de la muerte de sus padres en el conflicto bélico. Entonces se le ocurrió la idea de intentar devolverles a esos niños el hogar perdido y así creó las Aldeas S.O.S. que intentan reconstruir la vida familiar en casas donde se alberga a los niños y en donde existe el amor de una madre para cada uno de ellos y la de un papá que lo es para todos los niños de la Aldea. Raúl había conocido una Aldea S.O.S. en Concepción y entonces decidió en uno de sus viajes a Europa, realizado en 1976, reunirse en Austria con el fundador y pedirle ayuda para construir una Aldea en Punta de Tralca.

Raúl siempre tuvo un gran espíritu de ayuda a los más necesitados y se entusiasmó con la idea de construir una Aldea bajo el alero de la Iglesia Católica, a diferencia del resto de las Aldeas S.O.S. que existen en el mundo las que no están adscritas a ninguna religión determinada.

¿Cómo reaccionó el doctor Gmeiner cuando el Cardenal le pidió ayuda para crear una Aldea Católica?

Para el doctor Gmeiner no era fácil adoptar una decisión de esta naturaleza ya que se salía de la forma genérica de operación de las Aldeas. Pero dado el prestigio de mi hermano a nivel internacional, estuvo dispuesto a otorgar todo el financiamiento para la operación de la Aldea, la que bajo la tuición de una Fundación de la Iglesia Católica, daría a los niños una formación sustentada en los valores católicos. Así, en 1978 se inaugura la Aldea de Punta de Tralca con la presencia del doctor Gmeiner quien se trasladó especialmente a Chile para la ocasión.

Raúl quería que la Aldea estuviese en ese lugar que para él era muy especial, porque era donde pasaba la mayor parte de sus veraneos y su descanso casi todos los fines de semana. Esto le permitiría estar muy cerca de los niños.

¿Y ahora que el Cardenal y el doctor Gmeiner han fallecido, ¿se ha mantenido la ayuda económica de la S.O.S.?

El compromiso y la ayuda de la iniciativa austriaca iba a permanecer mientras viviera el Cardenal, y fue así como lograron mantenerse, con los aportes de las Aldeas S.O.S. de Austria, sin embargo, una vez que mi hermano murió, poco a poco se fue acortando el financiamiento hasta que finalmente, debimos buscar otras formas para seguir manteniendo esta obra, que es tan importante.

En un comienzo la iniciativa era parte de un colectivo mundial, Aldeas S.O.S. Sin embargo Austria quería ser dueña del terreno y las construcciones que existen en Punta de Tralca, en circunstancias que esas casas las había edificado Raúl con dineros de diversas fuentes obtenidas por él y el terreno concesionado a la Fundación por 99 años por el Seminario Pontificio Mayor. Fue por eso que hace unos cinco años se hizo independiente del organismo internacional. Desde esa fecha, la Aldea opera gracias a los aportes económicos de particulares más un apoyo por parte del Estado que permite costear el 35 por ciento del total de gastos a través de SENAME.

El Cardenal Errázuriz en conocimiento de la exigencia de la S.O.S. de traspasar los terrenos y las casas a cambio del financiamiento, no le cupo otra decisión que instar al directorio a enfrentar el financiamiento de la Aldea sin la ayuda

internacional que se había recibido desde su fundación en 1978. Por lo demás el Arzobispado de Santiago no disponía de las atribuciones necesarias para ceder esos terrenos.

¿Cuál es la labor de la aldea de Niños de Punta de Tralca?

La Aldea de Niños es una institución que trabaja como un hogar y que alberga a aproximadamente 88 niños y jóvenes que no tienen en su seno familiar una situación social, psíquica y emocional para su buen desarrollo y que donde sus derechos por distintas circunstancias han sido vulnerados. La convivencia en la aldea es totalmente distinta a lo que se da en otros internados. Los niños están repartidos en 11 casas que están tuteladas por una "mamá" que se encarga de las labores domésticas y el cuidado de los niños. También, se encarga de administrar un presupuesto mensual para la compra de mercaderías y alimentos, así como todos los gastos de educación, salud, vestuario, recreación y en general todos los gastos y esfuerzos que demanda la formación de los niños. También las mamás disponen de una tía que apoya todos los días su labor.

En cada casa que existe en Punta de Tralca conviven sin problemas, niños de ambos sexos, porque la idea es que ellos vivan en un ambiente lo más parecido a una familia común y corriente y no sientan que están en un internado. Incluso se da mucho que en una casa vivan varios hermanos de sangre, lo que es más fácil para ellos mismos, porque les permite sentirse más cómodos y más integrados a lo que es una vida en familia.

El espíritu de la Aldea es que se pueda acoger a niños con problemas y darles un hogar, sobre todo darles cariño, que es lo que les ha faltado. Son niños que sienten la ausencia de una madre, que no han tenido padre y que necesitan cariño.

¿Qué pasa cuando estos niños cumplen la mayoría de edad?

Cuando cumplen 18 años, no necesariamente tienen que abandonar la Aldea, sino que para salir a la calle tienen que cumplir con un programa, según cómo hayan evolucionado.

Yo tengo contacto con un chiquillo que salió de la Aldea y es el que me hace todas las mesas de madera para que yo pinte en mis cursos. Él era muy cercano a Raúl y me dice que todo se lo debe a la Aldea y gracias a su trabajo en la fabricación de muebles puede vivir. Hay otro de los niños que salió de ahí que hoy es un abogado. Todos son chiquillos esforzados que tienen muchas ganas de salir adelante.

¿Cómo revive el recuerdo de su hermano Raúl, que ya no está?

Hace poco por ejemplo, era el cumpleaños del Cardenal y debiera haber cumplido 98 años. Lo celebramos en la casa de la calle Los Pescadores, que ahora es un colegio. Ese hogar lo vendió el Arzobispado a un colegio particular que lleva el nombre de La Cantera. Para ellos el día del colegio es el día del cumpleaños de mi hermano, porque se inspiran mucho en los recuerdos y en las obras que hizo Raúl. Para mí es muy emotivo porque ahí viví 14 años.

También hay tres de sus hijos que ya no están. ¿Cómo es para una madre ver partir a sus hijos antes que usted?

Es horrible. El Señor se los llevó y estoy convencida que ellos están mejor. Con el dolor de mi alma si esa fue la voluntad de Él yo la acato, pero no puedo dejar de tener dolor. Ese sentimiento no es malo, no es malo que yo también tenga pena.

Y tan seguido que se fueron... Fue todo en un lapso de dos años.

Mi hijo Henry murió hace dos años y las niñas en un lapso de un mes las dos. Con dos semanas de diferencia. La Lillian batalló con un cáncer, la operaron y dijeron que todo se lo habían sacado y no quisieron hacerle la quimioterapia por decisión del médico. Al año siguiente le volvió el cáncer y ahí ella no quiso otra operación porque había sufrido mucho y no quedó más que esperar su muerte.

La Katy estaba muy mal desde que había muerto su marido. En realidad ella se acabó tras la enfermedad de su marido porque no hizo más que atenderlo. Fue una pena. No se podía conformar de su soledad y se murió de un infarto de la noche a la mañana, una cosa fulminante.

¿Cómo lo vive hoy?

Hoy que ya ha pasado un año sigue siendo horrible. No me acuerde de eso porque me pongo mal.

¿Cómo están sus otros dos hijos?

La Florence, que es la única que me queda en Chile está bien gracias a Dios. Pero estuvo gravísima, tuvo un accidente en auto, pero el Señor me la conservó. Fue en septiembre del año pasado, mientras estaba de viaje en Colombia.

El 17 de septiembre era el cumpleaños de la Florence. La llamé desde Colombia para saludarla y me dijo que se iban a Zapallar con sus nietos y nanas. Yo le decía que por qué se iba a ir con niños, que iba a estar esclavizada y no iba a descansar nada.

Después me enteré que camino a la playa, mientras iba manejando, se le pinchó una rueda, se dio vueltas tres veces y la nana que iba con ella se mató. Los niños salieron volando y a ellos no les pasó nada, pero Nelly la nana que trabajó con mi hija por mucho tiempo murió.

Cuando yo llegué de Colombia, me extrañó que la Florence no estuviera en el aeropuerto esperándome. Obviamente no estaba porque se encontraba muy mal y a toda costa quiso que yo no me enterara de nada.

Al llegar a Chile me sentí porque ella no estaba y pensé que la vida era así, que ella estaba preocupada de otras cosas y que yo estaba pidiendo más de lo que ella podía darme, sin embargo, cuando llegué a su casa la vi llena de fierros y casi me morí del espanto.

Si no es porque la saca del auto un bombero, ella se muere. Estuvo un tiempo en que no quería manejar. La pobre nana era una mujer que había tenido muchos problemas y que se había sentido acogida en el hogar de la Florence. Ella lo único que pedía, porque nadie le dijo que la nana se había muerto, era que le llevaran a la Nelly.

¿Y su hijo Richard?

Richard ahora vive en Estados Unidos. Él trabajaba antes en Lan y estuvo también en Madrid producto de su trabajo, luego fueron a ofrecerle asumir como gerente del hotel Marriot en Miami con un buen sueldo y en donde además le daban participación y utilidades en los negocios que administra. Ahora viene a Chile sólo para verme. La última vez que lo vi fue hace 4 meses.

Hoy ya tiene 95 años de edad, ¿Cómo celebró sus años, después de tanto camino recorrido?

Me siento viejísima, no puedo deshacerme de mis 95 años. Tengo lo que el Señor me da.

Hace poco celebré mi cumpleaños y lo único que pedí fue tener una misa con el Padre Fernando Montes, que es mi guía espiritual desde hace muchos años.

El padre Montes quería que Cucho hiciera la misa, pero Cucho le dijo: "yo conozco a mi abuela y si tú quieres darle un gusto tienes que hacer la misa tú", que era lo que yo quería. Cuando salió el Padre Montes para qué te digo la sorpresa, yo pensaba que iba a hacer la misa Cucho, ya que no sabía que mi nieto se había preocupado de cumplir mi deseo, pero al verlos a los dos, me emocioné un montón.

La misa fue en el colegio San Ignacio, en la capilla grande, porque fue harta gente de mi familia: La Florence, los nietos, bisnietos. Después hicimos un coctail en una de las salitas del colegio y me hicieron apagar las velas, que parecían casi una torta en llamarada. Figúrese usted la cantidad de años.

¿Qué se siente ser la única que queda de una familia tan numerosa como la suya?

Eso es una pena tremenda, me parece mentira. A la última que perdí fue a mi hermana Anita que murió hace muy poco. Ella vivía en Viña y yo siempre buscaba a alguien que pudiera llevarme a verla.

La Anita quería a toda costa que me fuera a vivir con ella y me convidaba siempre, pero ella tenía una vida muy distinta a la mía, mucho más relajada. Uno se acostumbra a

sus comodidades y a sus actividades. Yo soy muy inquieta, siempre tengo algo que hacer.

Mirando hacia atrás: ¿Se arrepiente de alguna cosa?

Sí me arrepiento de no haberme venido a Chile cuando me dijeron que iban a vender mi casa de El Vergel y no haber luchado por ella. El panorama en Chile era muy diferente al que nosotros pensábamos. Yo debería haberme venido a pelear la situación, pero en ese tiempo ni lo pensé porque estaba fascinada con Australia. Era tan difícil para nosotros juzgar desde allá como estaba la situación acá.

¿Y cómo recuerda su casa del Molino?

La casa del Molino donde nosotros vivimos, la vendieron los hermanos y la compró la Congregación de las Monjas Francesas y ahora es una escuela. La estructura de la casa se mantiene. Cuando voy a San Javier veo mi casa, ahí están todos los recuerdos de mis hermanos, mis papás, mi infancia.

Si tuviera que hacer un balance de su vida ¿Qué podría decir al respecto?

He cumplido todos mis sueños y he tenido mucha suerte y también que le puse empeño, porque no me he dejado estar. Estoy esperando que el Señor me lleve y estoy preparada para partir. Ya tengo mi tarea cumplida.

